

Recordando a José Luis Sampedro



INDICE

PRESENTACIÓN: RECORDANDO A JOSÉ LUIS SAMPEDRO José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid) José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)	4
SAMPEDRO, UN ECONOMISTA DISIDENTE Y ORIGINAL Carlos Berzosa (Universidad Complutense de Madrid)	8
LA ESTRUCTURA ECONÓMICA Y EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL EN JOSÉ LUIS SAMPEDRO Francisco Albuquerque (Red de Desarrollo Territorial de América Latina y Caribe)	13
LA ECONOMÍA Y LA ESTRUCTURA ECONÓMICA EN JOSÉ LUIS SAMPEDRO José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid)	18
JOSÉ LUIS SAMPEDRO Y EL ESTRUCTURALISMO LATINOAMERICANO Javier Lucena (Universidad Autónoma de Madrid)	23
CRECIMIENTO, DESARROLLO Y SOSTENIBILIDAD, LA TRAMPA DEL CONCEPTO, CADA VEZ MÁS PELIGROSA Koldo Unceta (Universidad del País Vasco)	27
DE LA ECONOMÍA A LA METAECONOMÍA: EL VIAJE DE UN DISIDENTE José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)	31
LOS AMANECERES LITERARIOS DE JOSÉ LUIS SAMPEDRO Marla Zárate (Georgetown University)	37
PARA SABER MÁS	41





Economistas sin Fronteras (EsF) es una Organización No Gubernamental de Desarrollo (ONGD), fundada en 1997 en el ámbito universitario, que actualmente integra a personas interesadas en construir una economía justa, solidaria y sostenible, con una orientación prioritaria en la erradicación de la pobreza y las desigualdades.

En Economistas sin Fronteras creemos necesario otro modelo de desarrollo, que ponga a la economía al servicio del ser humano y no, como sucede en la actualidad, a millones de personas al servicio de la economía.

Nuestro objetivo es contribuir a la construcción de una ciudadanía socialmente responsable, activa y comprometida con la necesaria transformación social.

Queremos ser una ONG de referencia en la búsqueda de una economía justa y contribuir a facilitar el diálogo y fomentar el trabajo en red de los distintos agentes sociales y económicos. Porque sólo a través del logro de una amplia participación social podremos alcanzar una economía justa.

Gracias a las aportaciones periódicas de nuestros socios podemos planificar y realizar proyectos de larga duración, sin depender de subvenciones.

Si deseas hacerte socio de Economistas sin Fronteras y colaborar de forma periódica con nosotros, cumplimenta el formulario disponible en nuestra web:

www.ecosfron.org
O en el teléfono 91 549 72 79

Si crees que nuestros Dossieres te aportan nuevos puntos de vista sobre la economía y quieres apoyarnos, realiza una aportación:

DONA AHORA

La ley 49/2002 de 23 de diciembre (BOE 24/12/2002), de régimen fiscal de las entidades sin fines lucrativos, establece un trato fiscal más favorable para las donaciones realizadas por personas físicas, obteniendo una deducción a la cuota del IRPF.

CONSEJO EDITORIAL

José Ángel Moreno - Coordinador
Luis Enrique Alonso
María Eugenia Callejón
Marta de la Cuesta
José Manuel García de la Cruz
Juan A. Gimeno
Carmen Valor



Dossieres EsF, por Economistas sin Fronteras (<http://www.ecosfron.org/publicaciones/>), se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidad comercial y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

Coordinación de este número:

José Manuel García de la Cruz
(Universidad Autónoma de Madrid)

José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)

Dossieres EsF es una publicación digital trimestral de Economistas sin Fronteras.

Maquetación: Disraeli Collado
(Economistas sin Fronteras)

Economistas sin Fronteras
Calle Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015. Madrid
Tlf.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

RECORDANDO A JOSÉ LUIS SAMPEDRO

José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid) y José Ángel Moreno (EsF)

En el mes de abril de 2016 en el que se publica este número de *Dossieres EsF* se cumple el tercer aniversario del fallecimiento de José Luis Sampedro: un momento que en *Economistas sin Fronteras* ha parecido muy oportuno para rendir un pequeño homenaje a quien ha sido no sólo uno de los economistas más importantes de España, sino también un escritor de indiscutible relevancia y un pensador de intereses múltiples, de cultura renacentista y de agudeza excepcional. Una figura que, desde muchos puntos de vista, pensamos que es necesario recordar y reivindicar.¹

Es algo que tanto a *Economistas sin Fronteras* como a quienes coordinamos este número nos parece tanto más necesario cuanto que -en nuestra opinión- la contribución de Sampedro al conocimiento económico no tiene en nuestro país el reconocimiento que debiera. Como él mismo solía decir: “dedicarse a la Economía y a la literatura tiene un riesgo: los economistas te valoran como escritor y los escritores como economista”. Pues bien, al menos en lo que se refiere a su valoración como economista, cabe pensar -lamentablemente- que no estaba equivocado. Es sólo una anécdota, pero quizás reveladora: mientras que la Real Academia Española de la Lengua lo acogió como uno de sus miembros, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (“foro de encuentro de los saberes políticos y jurídicos, económicos y sociales”, dice su web) no tuvo a bien hacerlo; lo que parece inducir a pensar que los escritores valoraron su talento, pero los de su gremio profesional no tanto. No debe de sorprender, ya que las ideas económicas de Sampedro no fueron nunca fáciles de admitir por el establishment económico nacional. Y es que, como declarara el poeta Luis García Montero sobre él al conocer su fallecimiento, “José Luis Sampedro tenía una libertad de pensamiento absoluta”.

Los académicos de la Española tuvieron la oportunidad de conocer de primera mano las ideas de Sampedro por su discurso de recepción pública, el 2 de junio de 1991, significativamente titulado “*Desde la frontera*”². En él repasa algunos de sus recuerdos personales, relacionándolos con la maduración de su pensamiento, hasta identificarse como persona fron-

teriza, que mira hacia dentro y hacia fuera, lo consolidado y conocido, lo arriesgado y lo que está por ser descubierto. Y así es como abordó su empeño intelectual como economista.

A Sampedro le gustaba recordar una cita del Nobel George Stigler -de su ensayo *The Intellectual and the Market Place* (1962)-: «Hace menos de un siglo, un tratado de Economía empezaba con una frase semejante a la siguiente: ‘La Economía es el estudio de la humanidad en los asuntos ordinarios de la vida’. Hoy comienzan con frecuencia de este modo: ‘Este tratado, inevitablemente largo, está dedicado a analizar una economía en la cual las segundas derivadas de la función de utilidad poseen un número finito de discontinuidades. Para poder abarcar el problema, he introducido los supuestos de que cada individuo sólo consume dos bienes y muere después de una semana Robertsoniana. Solo utilizaré, si bien constantemente, instrumentos matemáticos elementales, como la topología’».

Pues bien, José Luis Sampedro asume la primera definición, lo que permite inscribir su contribución en el marco de lo que se ha llamado Economía Política. El interés de Sampedro era fundamentar una visión particular de la Economía que respondiera a lo que, a su entender, debiera ser su principal problema: la pobreza. Por ello, la incapacidad de resolver este problema tendría -en su opinión- que ser el motivo de reflexión por excelencia de los economistas, en tanto que denuncia su incapacidad por atender al compromiso básico de su actividad: satisfacer las necesidades de la gente.

Presidido por esta preocupación central, Sampedro creó un marco interpretativo propio, en el que los conflictos sociales están explícitamente presentes, pero cuya naturaleza no es únicamente económica. Otros factores -sociales, políticos, tecnológicos y, especialmente, axiológicos- no solamente facilitan una más

¹ Para quien pueda estar interesado, existe una Asociación Amigos de José Luis Sampedro, con sede en Avda. Aragón, 17, 50230 Alhama de Aragón. La cuota anual mínima es de 12 euros. Puede contactarse con ella en amigosjls@gmail.com.

² J. L. Sampedro, *Desde la frontera*, discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, RAE, Madrid, 1991. Recogido también en *Fronteras*, Aguilar, Madrid, 1995.

adecuada interpretación de los mismos, sino que posibilitan también su superación. No es extraño, desde esta perspectiva, que Sampedro reconociera (ya muy claramente en su obra *Realidad Económica y Análisis Estructural*, 1959) la contribución de Marx al pensamiento económico, pero reivindicaba también otras inspiraciones, desde la Historia, la Antropología o la Sociología, al tiempo que rechazaba las ideas económicas derivadas del individualismo utilitarista que desde finales del siglo XIX invaden la opinión económica más extendida y reproducida en las Facultades de Economía.

Con estos materiales, alumbró José Luis Sampedro un pensamiento original, profundamente innovador en su tiempo y en buena medida anticipatorio, a cuyo recuerdo y conocimiento quieren contribuir los artículos de este número de *Dossieres*.

Por otra parte, en lo que se refiere más concretamente a *Economistas sin Fronteras*, es difícil encontrar un economista español que sintonice tanto con su ideal, presidido por una forma de entender la actividad económica y el desarrollo deudora en gran medida de ideas nucleares de Sampedro: de su concepción radicalmente humanista de la Economía. Incluso la propia denominación de la entidad se alinea -curiosa e impremeditadamente- con sus planteamientos: no sólo porque Sampedro era plenamente consciente de que las líneas maestras de la economía trascienden ampliamente en la actualidad las fronteras nacionales y operan a escala universal, sino también porque *Economistas sin Fronteras* entiende -como él- la Economía como una ciencia eminentemente social, que sólo tiene sentido y adecuada capacidad analítica en la medida en que no olvide las múltiples dimensiones de la realidad y en que sepa observarla de la mano de otras ciencias sociales imprescindibles para captarla de forma no reduccionista. Una Economía, en ese sentido, que quiere -también metodológica y epistemológicamente- eliminar fronteras y trabajar de forma interdisciplinar, que busca el enriquecimiento mutuo de diferentes perspectivas y que rechaza el autismo de quienes la perciben como un pensamiento único y monocorde, cada vez más centrado en sí mismo y cada vez, por eso, más incapaz de entender de forma consistente la realidad.

Desde esta perspectiva, *Economistas sin Fronteras* no puede dejar de sentir un atractivo especial por quien -como antes se apuntaba- se consideraba un ciudadano del mundo y próximo por principio a quienes se encuentran al otro lado de todo tipo de fronteras:

límites artificiales impuestos siempre para separar a quienes son eminentemente iguales; límites, en ese sentido -pensaba-, que deben ser franqueados y superados para avanzar hacia esa eminente igualdad de los seres humanos. Justamente la mentalidad opuesta a la de quienes -como escribió- “se repliegan al centro del espacio acotado, se instalan en el negro o en el blanco, temerosos de los grises infinitos y delicados. Encastillados en su centro, consolidan las fronteras como límite de sus dominios, alzando murallas y cerrando puertas... Endovertidos, centrípetos, fortificados dentro de su país, de su casa, de su piel, de sus ideas; negando y rechazando cualquier otra bandera, otra lengua, otra interpretación de lo real... Para ellos la frontera no es invitación sino amenaza; lo ultramuros es siempre enemigo”³. Palabras escritas hace más de veinte años, pero que -como tantas otras suyas- parecen estar relatando -trágicamente- la más rabiosa actualidad.

Es desde este contexto desde el que se ha querido abordar el presente número de *Dossieres*, con la pretensión esencial de ayudar al recuerdo de las principales aportaciones económicas de quien -a lo largo de una vida larga y densa- fue muchas cosas al tiempo: un genial maestro de economistas, un pensador de intuiciones precursoras, un sabio erudito y modesto, un prodigioso hechicero de la palabra, un escritor reconocido y fértil, un polifacético humanista capaz de aunar las preocupaciones por la vida material con una honda sensibilidad espiritual y estética y, para muchos, un referente personal inolvidable.

Para ello hemos buscado reunir colaboraciones de quienes pueden considerarse -directa o indirectamente- discípulos suyos y en quienes la obra de Sampedro ha ejercido una influencia explícita. Personas en su mayor parte -como quienes firman estas páginas- que le conocieron personalmente y que se enriquecieron de su magisterio profesional y de su calidad y calidez humanas.

La primera de ellas es la de **Carlos Berzosa** (“Sampedro, un economista disidente y original”), que presenta una amplia panorámica de las ideas económicas esenciales de Sampedro, con un claro hilo vertebral: cómo, desde el rechazo de la idea de *Homo oeconomicus* representativo de la racionalidad económica, Sampedro avanza hacia la concepción del análisis estructural como perspectiva global, en la que el comportamiento de los consumidores y de las empresas se interpreta desde la configuración social y la orga-

3 Op. cit..

nización de los mercados; es decir, desde una visión alejada de los modelos de competencia que articulan el pensamiento neoclásico. En esta perspectiva, Berzosa recuerda el análisis de Sampedro de la dinámica de los sistemas capitalista y socialista y la propuesta de convergencia de ambos sistemas, así como las aportaciones al conocimiento del subdesarrollo y de la inflación. El artículo, así mismo, destaca las líneas de disidencia mantenidas por Sampedro con las ideas económicas dominantes en su tiempo (una disidencia que se aprecia con particular claridad en la actualidad), destacando el sentido precursor de sus propuestas en áreas como la sostenibilidad, el carácter del desarrollo o la desigualdad, fruto, sin duda, de su libertad de pensamiento.

Francisco Alburquerque profundiza a continuación en las ideas germinales de Sampedro sobre el enfoque estructural del análisis de la realidad económica (“La estructura económica y el análisis estructural”), arrancando de sus preocupaciones en torno a la Gran Depresión de 1929 y sobre la dimensión territorial de la actividad económica, así como de la posibilidad que las aportaciones en la metodología de contabilidad social le ofrecieron para abordar la economía desde una nueva perspectiva. Ahora bien, como recuerda Alburquerque, Sampedro señaló las deficiencias de la nueva cuantificación, al no incluir aspectos que consideraba cruciales, como la naturaleza de las relaciones laborales en la actividad productiva o la influencia de la tecnología en los diferentes sectores productivos y en la organización de la producción, aspectos todos que contribuyen a explicar no solamente los resultados de los procesos económicos, sino sus características fundamentales, esto es, las interdependencias entre los actores económicos, sociales y políticos en el conjunto de la sociedad y, en consecuencia, las interrelaciones entre las instituciones y la estructura económica. Una inquietud que le condujo a revisar e incorporar en sus ideas las contribuciones de la Aritmética Política, el sociologismo francés, el historicismo alemán y, sobre todo, el institucionalismo americano, materiales con los que conformó su visión heterodoxa de la economía: el análisis estructural.

Tras esta puesta en situación, **José Manuel García de la Cruz** analiza en el artículo “La Economía y la Estructura Económica” los aspectos básicos de la contribución de José Luis Sampedro al análisis estructural. Comienza con la visión de Sampedro de la Economía, señalando la necesidad de entender esta disciplina desde una perspectiva abierta, no por capricho, sino por necesidad de incorporar las dimensiones

sociales, políticas y culturales de las relaciones humanas para entender adecuadamente los fenómenos económicos, sociales por naturaleza. Esta perspectiva ha de permitir entender la realidad económica como conjunto de relaciones entre los elementos que la configuran no directamente aprehensibles, sino como resultado del esfuerzo analítico que facilite interpretar su funcionamiento en un momento dado y en su proceso de cambio y transformación. Para ello, acude Sampedro a los conceptos de estructura económica y sistema económico, introduce la importancia del análisis dinámico en la interpretación y resolución de los problemas económicos y recupera la idea de conflicto como motor de los cambios sociales, económicos o no, pero trascendentes para la economía y su estructura. La tecnología y las instituciones desempeñan un papel central en estos procesos. Se reivindica, por tanto, el pensamiento de José Luis Sampedro por su contenido interdisciplinar, abierto y dialogante con otras disciplinas sociales.

Por su parte, **Javier Lucena** ofrece en “José Luis Sampedro y el estructuralismo latinoamericano” una interesante reflexión sobre las coincidencias de Sampedro con los pioneros latinoamericanos del pensamiento económico sobre el desarrollo. Así, se destaca el paralelismo entre la metodología propuesta por él -centrada en la búsqueda de relaciones estructurales que se guíen por las notas de totalidad, interdependencia entre los componentes y permanencia de las relaciones- y los análisis latinoamericanos iniciados por Raúl Prebisch sobre las interdependencias entre el comercio, la estructura productiva, el tipo de crecimiento y la acumulación y sus efectos sobre el desarrollo. Igualmente es posible encontrar puntos de conexión del pensamiento de José Luis Sampedro con autores posteriores, como Celso Furtado o Aníbal Pinto, y sus contribuciones sobre la heterogeneidad estructural y los estilos de desarrollo. Irónicamente, también tanto las ideas de José Luis Sampedro como las nacidas en la propia región latinoamericana recibieron -y reciben- críticas permanentes desde la Economía más convencional, firmemente radicadas en sus propuestas sobre el natural comportamiento de los mercados competitivos.

Por su parte, **Koldo Unceta** dedica su colaboración (“Desarrollo, crecimiento y sostenibilidad”) a repasar condensadamente la controversia sobre la sostenibilidad del modelo de desarrollo dominante y sobre sus efectos distributivos. Una controversia que, como recuerda el artículo, se encuentra muy claramente planteada en la obra de Sampedro ya desde comien-

zos de la década de 1970 y cuya gravedad -cada día más patente- obliga a cuestionar no sólo ese modelo, sino los propios conceptos de desarrollo y crecimiento y la estrategia adecuada para un desarrollo sostenible, sobre la que pesan “trampas conceptuales” en buena parte lúcidamente detectadas por nuestro autor mucho tiempo atrás.

Son cuestiones también apuntadas en el texto de **José Ángel Moreno** (“De la Economía a la Metaeconomía: el viaje de un disidente”), que relata el paulatino alejamiento de Sampedro de la problemática estrictamente económica desde mediados de los años 70, en paralelo a su creciente interés por una mirada más amplia e integral, que él llamó metaeconómica y que reflejaba su progresivo convencimiento acerca de la necesidad de una perspectiva decididamente interdisciplinar y especialmente atenta al universo de la cultura y de los valores. Una perspectiva que llegó a considerar imprescindible para entender adecuadamente -en todas sus múltiples dimensiones- y para afrontar coherente y equilibradamente la complejidad de los problemas fundamentales que aquejan a la humanidad en nuestro tiempo. La trayectoria de quien se consideró un disidente -cada vez más radical- de la economía, pero que -en buena medida por eso- es para muchos un economista imprescindible.

Para finalizar, no hemos querido dejar de lado en este recordatorio la dimensión literaria de José Luis Sampedro, probablemente, su más honda y sentida vocación, como recuerda el artículo (“Los amaneceres literarios de José Luis Sampedro”) que **Marla Zárate** dedica a esta pasión de nuestro autor. Una pasión que acompañó a Sampedro desde muy joven y para la que -como ilustra el artículo- arañó tozudamente horas al sueño, escribiendo siempre al amanecer, reflejando quizás así que era la escritura creativa la ocupación más importante de su vida: la que no quería dejar de practicar a diario, la que no quería condicionar al fragor habitual de la densa jornada de un profesional de múltiples ocupaciones. El artículo, que revela al tiempo aspectos de interés de la vida de Sampedro, repasa con mimo y con detalle su producción literaria: una producción de gran aceptación entre el público lector y que es considerada mayoritariamente por la crítica y la academia entre las más valiosas de la literatura española contemporánea.

Carlos Berzosa (Universidad Complutense de Madrid)

Introducción

José Luis Sampedro fue premio extraordinario de la primera promoción de licenciados en Economía de nuestro país. Este mérito es lo que motivó al Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, Fernando María Castiella, a ofrecerle que se encargara de la enseñanza de la disciplina Estructura Económica Mundial. Es a partir de 1948 cuando inicia su andadura como profesor universitario. Desde entonces hasta su jubilación han sido muchas generaciones de estudiantes las que se vieron favorecidos por sus enseñanzas.

Como profesor universitario, y como uno de los muchos favorecidos por su docencia, puedo destacar las grandes virtudes que tenía. Lo primero que llamaba la atención era su gran habilidad oratoria, que venía acompañada de una gran cultura, erudición, agudeza, sentido del humor, perspicacia, lo que proporcionaba una enseñanza sugerente y con gran sentido crítico. Resultaba una delicia escucharle y conseguía, lo que es tan difícil lograr a un profesor universitario, enseñar deleitando.

El encargo de cátedra le supuso, como él mismo indica en varios artículos, desaprender lo que había aprendido, sobre todo en microeconomía, en donde fue un estudiante destacado de Stakelberg, e iniciar un nuevo aprendizaje en la materia de la que se hacía cargo. Esto le condujo a tener que definir el concepto de Estructura Económica y elaborar el análisis estructural como un método con el que afrontar el estudio de la realidad. El análisis estructural ha sido una de las más importantes innovaciones que introdujo Sampedro en el estudio de la economía. Un enfoque original y de elaboración propia, aunque apoyado en otros pensadores que habían hecho contribuciones a este campo de estudio.

En estos primeros pasos en la enseñanza universitaria, así como en sus artículos, ya se puede observar que Sampedro se empieza a desvincular de la corriente neoclásica, comenzando a nadar contracorriente, esto es contra el pensamiento económico dominante, y a iniciar la heterodoxia que marcó siempre la línea principal de su pensamiento. Una heterodoxia que se ha ido profundizando con el paso del tiempo. El punto

de partida es el análisis estructural y la crítica que realizó al Homo oeconomicus.

Análisis estructural

Este enfoque de la economía suponía una visión global del objeto de estudio en el que las partes que componen la totalidad son interdependientes entre sí. El método de análisis supone una discrepancia a la hora de entender la economía en relación con la microeconomía, pues ante la concepción individualista, en la que los consumidores y empresas aparecen como sujetos aislados, se contraponen la interdependencia. A su vez, estas diferencias conducen a un camino que resulta más acorde con el funcionamiento del capitalismo debido a que, ante la abstracción que significa el Homo oeconomicus, se considera a los individuos que conforman la actividad económica como seres sociales.

De esta manera, el consumo depende de varios factores determinados por la posición social que se ocupa y, por tanto, con diferentes niveles de renta, las motivaciones y las necesidades creadas por el mercado a través de la publicidad y el marketing, y el efecto que supone imitar el consumo de productos adquiridos por otros. La soberanía del consumidor no existe, estando el consumo determinado por varios factores y no por las curvas de indiferencia, por lo que se cuestiona un comportamiento que se supone que tiene que ser racional. Esta crítica pone el punto de mira en la concepción que cree que se puede entender la realidad partiendo de unos supuestos que son irreales, lo que conduce necesariamente a extraer conclusiones falsas. Otro tanto se puede decir del análisis de las empresas y del modelo de competencia perfecta, al cual crítica. En la economía lo que se da realmente es la competencia imperfecta, tema que conoce bien, pues fue el traductor del libro de Joan Robinson publicado con este nombre. Robinson y Chamberlain fueron los innovadores de estos modelos, que representaban mejor la realidad que el modelo de la competencia perfecta. La economía de mercado no ha funcionado nunca con una competencia perfecta, pero menos aún en los principios del siglo XX, cuando se estaban imponiendo los oligopolios.

Más allá de los modelos teóricos, uno de los análi-

sis más lúcidos de la evolución del capitalismo que efectúa Sampedro se encuentra en el libro *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, en el que analiza cómo el capitalismo industrial evoluciona hacia un sistema financiero, que alcanzará su apogeo hacia finales del siglo XIX. Se pasa del empresario individual a la organización. Todo esto se está dando ya a finales del siglo XIX y principios del XX, por lo que el capitalismo competitivo está dando paso a un sistema de mayor concentración y centralización del capital, tal como predijo Marx. Tras la segunda guerra mundial, el Estado empuña la batuta, en acertada expresión de Sampedro.

Como se puede observar leyendo estas brillantes páginas, la naturaleza del sistema económico capitalista tiene muy poco que ver con lo que se enseña en los libros de texto. La teoría de la competencia imperfecta trata de subsanar estas deficiencias, pero también resulta limitada e insuficiente. Para entender el apogeo del capital financiero recomiendo la lectura del libro de Hilferding, publicado con este nombre. A nivel teórico, para comprender a este capitalismo oligopólico hay que estudiar a Sraffa y Kalecki.

Los dardos que Sampedro lanza contra la microeconomía no lo hace, sin embargo, contra la macroeconomía keynesiana. De hecho, considera la aportación de Keynes como una fuente imprescindible en el análisis estructural para la comprensión de la realidad. En *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* hace un elogio de la teoría de Keynes, a la que considera que, entre otros méritos, supone una vuelta a la Economía Política. La pura ciencia económica volvió a ser lo que había sido, es decir, una ciencia social.

Así pues, la crítica a la Economía convencional de Sampedro se encuentra limitada a la microeconomía, pero no al resto del edificio que compone el pensamiento dominante de la posguerra, como es el modelo de la síntesis neoclásico keynesiano. Sin embargo, aunque considera muy valiosa la aportación de Keynes, no es la única fuente de este análisis estructural. Su aportación se encuentra enriquecida con los planteamientos de Akerman, los sociólogos franceses, el institucionalismo de Veblen y el estructuralismo latinoamericano. También tuvo en cuenta cuando surgió con fuerza el moderno estructuralismo, incorporando los análisis de Levi-Straus y del marxismo dialéctico de Althusser y Godelier.

El enfoque estructural, a su vez, se basa no solamente en el análisis cuantitativo, sino también el cualitati-

vo. Resulta fundamental tener en cuenta en el estudio de la economía no solamente los datos estadísticos y relaciones entre variables económicas, sino que el poder, la posición social, en suma las relaciones sociales, son fundamentales, pues sin considerar estos factores la visión económica se queda mutilada. De este modo, Sampedro también se desmarca de una concepción estrecha de la Economía, ampliando el objeto de estudio de esta disciplina económica.

La realidad económica

El análisis estructural es un instrumento para analizar la realidad. Así lo hizo en sus clases, conferencias, libros y artículos. Se centró fundamentalmente en la economía mundial, pero no dejó de lado ni mucho menos el estudio de la economía española. Fue un pionero en el análisis de la integración europea cuando en España era muy difícil ser europeísta, y en un momento en el que la economía española no tenía ninguna posibilidad de participar en este proyecto de integración, debido al régimen político dictatorial.

En el manual de Estructura Económica y en el excelente libro ya mencionado *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* se puede encontrar un análisis global de la naturaleza de los sistemas económicos. Uno de los rasgos de Sampedro es que a su magnífica oratoria hay que añadir la brillantez de su escritura. De este modo, consigue que los estudiantes puedan entender mejor la complejidad del mundo real, pero también las personas interesadas en saber y que no son economistas. Al rigor académico hay que sumarle este envidiable manejo que hace que los libros adquieran un carácter divulgativo.

Las fuerzas económicas de nuestro tiempo es uno de los mejores libros de Sampedro, si no el mejor. Fue publicado en castellano por la editorial Guadarrama, que, en relación con otras editoriales europeas, creó la Biblioteca para el Hombre Actual, en la que todos los volúmenes fueron escritos por especialistas con un afán vulgarizador, para que los conocimientos más abstractos fuesen asequibles para las grandes masas. Se publicaron en inglés, español, francés, alemán, holandés, italiano y sueco. Entre los numerosos autores, hubo dos españoles: Aranguren y Sampedro. Esto le proporcionó a Sampedro una gran proyección internacional, a la vez que suponía un gran reconocimiento académico al encargarle esta obra, en cuya colección estaba Tinbergen, que sería posteriormente el primer Premio Nobel de Economía.

No cabe duda de que Sampedro superó este gran reto con gran brillantez. Este libro se podía encontrar en las librerías y en las universidades europeas. Era el único economista español que estaba en aquellos años, finales de los sesenta, en los estantes de las bibliotecas y librerías de bastantes países y traducido a tantos idiomas. Este es un libro que sólo podía escribir él. La visión que ofrece de la economía mundial de entonces superaba con creces los objetivos marcados por las diferentes editoriales que participaban en este proyecto. Sería interesante que experiencias como ésta, ha habido alguna más, se volvieran a repetir. Es la manera de construir una Europa del conocimiento y no solo de los intereses económicos.

En este libro, Sampedro tiene en cuenta tres fuerzas económicas dominantes: la explosión demográfica, la aceleración tecnológica y la evolución social. Tras un análisis realmente brillante, lleno de conocimientos, datos e informes, establece una tipología de los sistemas económicos. Para llevar a cabo esta clasificación utiliza dos indicadores: el nivel tecnológico y la toma de decisiones. La gran división se produce entre las economías que se rigen por el mercado y las que tienen una planificación centralizada, en otras palabras, entre capitalismo y socialismo. Este esquema es muy enriquecedor, pues dentro de cada sistema económico se producen diferentes niveles de desarrollo tecnológico y también se dan distintos modelos en función de la toma de decisiones.

En concreto, tiene en cuenta distintas modalidades de capitalismo y de socialismo con distintos niveles de desarrollo, frente a la dicotomía que presentaba el marxismo entre capitalismo y socialismo, sin ningún tipo de matices, sobre todo en lo que se refería al capitalismo: éste es uno e igual en todas partes. Sin embargo, en el socialismo se aceptaba, por parte de autores marxistas, que tras la ruptura chino soviética, hubiera dos modelos muy distantes entre sí.

Sampedro tiene en cuenta, por el contrario, las diferencias que se producen entre los países que combinan el mercado con la planificación indicativa e introducen el Estado del Bienestar de aquellos que no tienen ni planificación ni Estado del Bienestar. Al igual que sucede en el socialismo, en el que considera a la economía yugoslava la más cercana al sistema capitalista, al llevar a cabo una mayor descentralización y un sistema basado en la autogestión.

Las diferencias que Sampedro señalaba en el campo capitalista se han enfatizado más tras la caída del

muro de Berlín, el derrumbe del sistema soviético y el fin de la guerra fría, que han resaltado las divergencias que se dan dentro del capitalismo, como ha estudiado Michel Albert, quien en su obra *Capitalismo contra capitalismo* contraponen dos modelos, el renano y el anglosajón. A su vez, con el auge de los fundamentalistas de mercado y la tendencia de muchos países a caminar hacia el capitalismo norteamericano, varios analistas tratan de oponer este modelo con el existente en los países nórdicos de Europa.

No hay un modelo único de capitalismo, lo que parece evidente, aunque haya rasgos que los definen como comunes. El debate se centra hoy entre los que siguen defendiendo el Estado del Bienestar y los que precocinizan su desaparición o su reducción. Sampedro fue un aventajado en el establecimiento de matices dentro del mismo sistema económico, ausente, como ya hemos mencionado, en los autores marxistas, así como en aquellos dentro de los defensores del capitalismo que, cegados por la guerra fría, no analizaban las realidades concretas. Hasta el punto de que se analizaba el foso existente entre socialismo y capitalismo. Sin embargo, había otro foso que se agrandaba con el paso del tiempo entre los países desarrollados y el subdesarrollo, al que se prestaba menos atención. Había excepciones, como los casos de Myrdal y Sampedro.

No obstante, a pesar de los aciertos, el libro tiene su talón de Aquiles, como es la descripción que hace de las tendencias que seguirían desde ese momento los dos sistemas económicos hacia un mayor acercamiento. El capitalismo había introducido, con la planificación indicativa y con políticas sociales, elementos de socialismo, mientras que este sistema trataba de introducir mecanismos de mercado. La convergencia de los sistemas estaba muy de moda y sobre ello escribieron, entre otros Tinbergen y Galbraith. La evolución de la economía mundial ha seguido unos derroteros distintos a los previstos entonces.

Por un lado, el socialismo soviético retrocedió ante las reformas iniciadas por Jruschov de descentralización regional y mayor autonomía de las empresas. Se frenaron los intentos liberalizadores y el socialismo soviético, fruto de su incapacidad para evolucionar e innovar, acabó viniéndose abajo. El modelo chino sí que ha introducido mecanismos de mercado y de propiedad privada, pero eso está seguramente desvirtuando la naturaleza socialista, al aumentar la desigualdad y disminuir la protección social de los trabajadores.

Por otro lado, el capitalismo dio un giro como consecuencia de la crisis de los setenta y se ha ido hacia el libre mercado, tratando de acabar con el capitalismo regulado, la política keynesiana, con cualquier intento de planificación, el sector público empresarial y el Estado del Bienestar. La tendencia actual, aunque con diferencias entre los países, se aleja de los elementos socialistas que determinados capitalismos introdujeron. Las tendencias que se han dado han estado muy lejos de lo que Sampedro planteó.

Esto puede parecer una gran equivocación como predicción de futuro, pero lo que se pone de manifiesto es que los autores son hijos de su tiempo, y lo que se estaba dando en aquel momento y que queda muy bien analizado se rompió años más tarde con acontecimientos impredecibles. Se puede suponer que, como consecuencia de esto, la obra queda obsoleta y que no resulta interesante rescatarla. A mi modo de ver no es así, pues aparte de que sirve para conocer la historia reciente y los desafíos que había, hay capítulos, como el de la evolución capitalista, que siguen siendo útiles y que deberían estudiar los alumnos de hoy. Así como las fuerzas económicas, que, actualizadas con datos, siguen vigentes.

Por lo que se refiere al socialismo, tiene gran utilidad para conocer las propuestas de reforma de la época de Jruschov y los debates habidos acerca de la descentralización de las empresas y las proposiciones de Liberman. Pocos libros hay que lo expliquen tan bien. En esta obra, además, dedica un capítulo a los países emergentes, término muy de moda hoy en día, aunque con una acepción diferente. Dentro de este análisis sigue habiendo cosas rescatables en la actualidad, debido a que muchos males que se padecían siguen, por desgracia, teniendo lugar hoy.

La heterodoxia de Sampedro

Se ha podido observar que el análisis estructural le ha dado muy buenos resultados a Sampedro para analizar la realidad. La heterodoxia se manifiesta en su análisis, pero también en su disconformidad con la realidad que propone modificar. Sus propuestas se encaminan hacia un socialismo democrático, lo que le hace ser un disidente con el conformismo y la cultura de la satisfacción que ofrecen la mayor parte de los profesores de Economía. Este nadar contracorriente queda de manifiesto en dos libros, *Conciencia del subdesarrollo* y *La inflación en versión completa*. Los dos me ha cabido el honor de poner al día con los títulos *Conciencia del subdesarrollo* veinticinco años

después y *La inflación* (al alcance de los ministros).

En *Conciencia del subdesarrollo*, aparte de la gran capacidad que muestra al introducirse en las condiciones y las causas que producen el subdesarrollo, apuesta por la teoría de la dependencia para entender el no desarrollo de estos países. Esto le separa de la Economía convencional. En la actualización que hice traté de mostrar que el análisis de Sampedro era adecuado, pues, a pesar de los avances tecnológicos, se seguían dando muchas privaciones, así como las tendencias de aumento de la desigualdad entre los países ricos y pobres. Tendencia ésta que, no obstante, ha modificado su rumbo en los últimos años, pero que por el contrario hace incrementar la desigualdad en los países avanzados. En la parte que me correspondió escribir, hago también una descripción de los cambios habidos en el mundo subdesarrollado, que lo ha hecho más heterogéneo. Pero a pesar de todo, el hambre y la pobreza siguen perviviendo.

Al igual que le sucede con el libro de *La inflación* en versión completa. Lo titulé así en referencia a las películas que se exhibían en España durante la dictadura, que sufrían cortes por la censura, de manera que no se veían en versión completa. Así, decía él, pasa con la inflación, que en los manuales al uso en las universidades no se explica en su versión completa. Es lo que pretende hacer en un momento, a mediados de los setenta, en los que la inflación era muy elevada. Hace una crítica muy convincente a las explicaciones convencionales de la inflación. Mi tarea aquí fue más complicada, debido a que el epílogo que escribí lo hacía en un momento de bajada de la inflación. Mi tarea, por tanto, consistió en explicar por qué esto había sucedido.

En definitiva, el enfoque de Sampedro y la manera que tuvo de explicar la realidad siguen siendo hoy más necesarios que nunca. La pobreza de la Economía convencional es muy grande, al haber estrechado los fines del objeto de la ciencia económica. Al haber desplazado la historia y el pensamiento económico de los estudios de licenciatura, al igual que los enfoques estructuralistas, se escamotea el análisis global de la realidad. Hay que volver a hacer de la ciencia económica una ciencia social y no en lo que se ha convertido en la actualidad, en una rama de las matemáticas sustentada en el modelo neoclásico.

Fuentes:

- Sampedro, J. L. (1967): Las fuerzas económicas de nuestro tiempo. Ediciones Guadarrama, Madrid.
- y Martínez Cortiña, R. (1969): Estructura Económica. Ariel, Barcelona.
- Conciencia del subdesarrollo (1972). Salvat, Barcelona.
- La inflación en versión completa (1976). Planeta, Barcelona.
- y Berzosa, C. (1996): Conciencia del subdesarrollo veinticinco años después. Taurus, Madrid.
- Economía humanista (2009). Debate, Barcelona.
- y Berzosa, C.: La inflación (al alcance de los ministros) (2012). Debate, Barcelona.

LA ESTRUCTURA ECONÓMICA Y EL ANÁLISIS ESTRUCTURAL EN JOSÉ LUIS SAMPEDRO. UNA PROPOSTA HETERODOXA NECESARIA PARA EL APRENDIZAJE DE LA ECONOMÍA

Francisco Albuquerque (Coordinador General de la Red de Desarrollo Territorial de América Latina y Caribe, www.red-dete.org)

Es posible que José Luis Sampedro sea conocido por las personas más jóvenes en su faceta de novelista, una opción que eligió de forma voluntaria, abandonando la cátedra universitaria en la década de 1970, pero sin renunciar a las ideas que siempre intentó divulgar, o pensando que podría difundirlas mucho más eficazmente desde esa plataforma literaria, llegando con ello a mucha más gente. Este artículo es un modesto homenaje a José Luis Sampedro, sin duda alguna, el mejor profesor que en aquellos años difíciles trataba de abrir nuestras mentes de estudiantes de economía sobre cómo abordar una reflexión sistemática o científica sobre la realidad económica.

1. La realidad económica y el análisis estructural

La relectura hoy del libro “*Realidad económica y análisis estructural*” (1959), que José Luis Sampedro había escrito para la asignatura de Estructura e Instituciones Económicas, de la que era catedrático en el segundo año de la licenciatura de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad Complutense de Madrid, agranda notablemente su figura intelectual y permite apreciar que hubo un tiempo en el cual en este país, en la enseñanza de la Economía, hubo alguien que dedicó gran esfuerzo a resaltar las poderosas vinculaciones de la misma con el conjunto de las ciencias sociales y humanas, apartándose de la ortodoxia predominante de la economía neoclásica.

En el libro citado, José Luis Sampedro comienza llamando la atención sobre el escaso avance de la sistematización y tipología alcanzadas en la caracterización de las diferentes economías. Y si bien reconoce la dificultad de lograrlo, como suele ser el caso en las ciencias sociales, su interés principal se centra en mostrar las bases para una reflexión científica de la realidad económica basada en un *análisis estructural* de la misma, de acuerdo con la observación que se detectaba en otras parcelas del conocimiento científico.

Esta preocupación por el *análisis estructural* de la economía se vio reforzada por la urgencia de los graves y acuciantes problemas surgidos de la Gran Depresión de 1929-32 y sus posteriores consecuencias, lo cual reclamaba de los/as economistas la mejora de sus explicaciones teóricas y la mayor eficacia de sus

instrumentos de actuación. En efecto, la reflexión sobre el carácter cíclico del crecimiento económico capitalista obliga a diferenciar aquello que la realidad posee como rasgos estructurales (o de mayor grado de permanencia).

Dentro del *análisis estructural*, José Luis Sampedro alude inicialmente a los aspectos espaciales o territoriales de la Estructura Económica¹ y sus vinculaciones con la Geografía, un tema poco tratado en el análisis económico pero en el que Sampedro había incursionado en un texto anterior titulado “*Principios prácticos de localización industrial*” (1953), tratando de identificar las causas determinantes de la localización industrial, el impacto de la tecnología en dicha localización y el análisis de las actividades económicas desde el punto de vista locacional, incluyendo la industrialización en las regiones rurales.

De este modo, el análisis territorial es parte sustantiva del estudio de la Estructura Económica, a pesar de que, tal como señalaba Sampedro, la mayor parte de las construcciones teóricas en economía se ha elaborado prescindiendo de los problemas espaciales, como si la actividad humana se desarrollara en condiciones de ubicuidad dentro de un espacio homogéneo y perfecto, en el que las cosas y los seres tuvieran absoluta movilidad.

Tras la referencia a los aspectos territoriales de la economía, Sampedro pasa revista en su libro “*Realidad Económica y Análisis Estructural*” a las diferentes aportaciones científicas que se centran en el análisis de la realidad económica, con el propósito de su sistematización, algo totalmente alejado de la aproximación habitual de los manuales de economía convencional, que, en lugar de abordar el análisis de la realidad, lo sustituyen por una modelización teórica basada en supuestos de racionalidad formal a partir de la idealización de un individuo aislado e irreal (“*homo oeconomicus*”) orientado por criterios de maximización de utilidades individuales.

Alternativamente, José Luis Sampedro propone una

¹ Sampedro utilizaba la expresión Estructura Económica -con mayúsculas- para referirse a la materia cuyo objeto de estudio es la estructura económica (con minúsculas).

aproximación estructural al aprendizaje sobre la economía, partiendo de un enfoque “*anatómico*” de la Estructura Económica, que le permite destacar los esfuerzos pioneros de William Petty en su obra “Anatomía Política de Irlanda”, publicada en 1691, la cual considera un verdadero tratado de estructura económica de dicho país. Igualmente señala el importante trabajo de J.R. Hicks y A. G. Hart (1950) “Estructura de la Economía. Introducción al estudio del ingreso nacional”, un texto cuyo enfoque es en gran parte “*anatómico*”, según señalan los propios autores.

En efecto, la anatomía se ocupa de la estructura del organismo económico tal como es percibida por las estadísticas y cifras recopiladas después de los acontecimientos. Por ello es necesario superar las limitaciones del enfoque “*anatómico*” acompañándolo de un análisis “*fisiológico*”, capaz de explicar el funcionamiento del organismo económico en su conjunto, para lo cual hay que valerse, asimismo, de la utilización de modelos capaces de representar la complejidad de la realidad económica.

La modelización constituye, pues, un instrumento importante del enfoque “*arquitectónico*” de la Estructura Económica, aunque Sampedro trata de alertar sobre su insuficiencia, ya que se requieren aportaciones desde la Historia, la Sociología, la Antropología y, sobre todo, no confundir el rigor formal de los modelos con el funcionamiento de la propia realidad, ya que si los supuestos no son pertinentes, esto es, ajustados a las características de la realidad, los modelos ayudan bien poco al conocimiento de ésta o a la toma de decisiones de política económica y social. El análisis estructural de la economía presenta así mucho terreno en común con la Geografía, la Estadística, la Econometría y con las ciencias sociales y humanas, requiriendo variadas aptitudes de los/as economistas, que deben trabajar siempre en estrecha cooperación con especialistas en esas materias.

El tránsito desde el enfoque *anatómico* al enfoque *fisiológico* nos lleva al análisis circulatorio de la Estructura Económica, para lo cual Sampedro recuerda la importante aportación de la Escuela Fisiocrática y, en especial, el *Tableau Economique* de François Quesnay, para mostrar posteriormente la modernización de esta aportación pionera de los fisiócratas sobre la circulación económica, que llevó a cabo Wassily Leontief en la segunda mitad del siglo XX mediante su modelo de Análisis Intersectorial de la economía, comúnmente conocido como Tablas *Input-Output*.

El análisis de los modelos de la Contabilidad Nacional, el cálculo de la Renta Nacional y la distribución de la misma a nivel regional y entre diferentes grupos de población son parte de este análisis *circulatorio* de la Estructura Económica presentado, como vemos, desde diferentes perspectivas. De un lado, el modelo de Leontief permite mostrar la interdependencia existente entre los diferentes sectores productivos en la circulación de bienes y servicios, mientras el modelo de la Contabilidad Nacional amplía la información sobre los sectores finales de la economía y los movimientos de carácter monetario. Hay que distinguir, pues, según Sampedro, el “*sistema circulatorio*” de la economía y el volumen de los flujos que discurren por el mismo. Como puede apreciarse, la disposición de los elementos de dicho *sistema* es mucho más permanente, o más lentamente modificable, que el caudal circulatorio, el cual se ve sometido a más frecuentes y rápidas alteraciones.

Por otra parte, la presencia de nuevos países no desarrollados en la economía mundial, como consecuencia de los procesos de descolonización e independencia política tras la Segunda Guerra Mundial, obligaba a reconocer las importantes *diferencias estructurales* existentes entre dichos países y los países industrializados, lo cual hace que la reflexión teórica realizada a partir de la experiencia de éstos últimos no sea apropiada para referirse a los países subdesarrollados. Como se aprecia, ya entonces, hace más de 60 años, José Luis Sampedro advertía sobre la necesidad de abandonar el frecuente “*sesgo eurocéntrico*” de muchas de las modelizaciones en economía, una advertencia que sigue siendo totalmente válida en la literatura económica actual. Esta crítica al carácter eurocéntrico de la teoría económica convencional y la propuesta de un planteamiento alternativo desde la periferia de la economía mundial constituye, como es bien sabido, la base principal de sustentación de la aportación estructuralista latinoamericana surgida desde la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina y El Caribe (CEPAL) en Santiago de Chile, de la mano de Raúl Prebisch, a finales de los años 40 del siglo pasado.

Como puede apreciarse, Sampedro no se basa para el aprendizaje de la economía en los habituales supuestos de la metodología individualista propuesta por Adam Smith y en la existencia de una tendencia natural al equilibrio logrado por el funcionamiento libre de los mercados guiados por la persecución del máximo beneficio privado. Sencillamente, trataba de abrirnos paso hacia un planteamiento menos ideolo-

gizado, mostrando otros autores que no figuran como “padres” de la ciencia económica, pero que bien lo merecerían en un planteamiento menos dogmático.

2. La Estructura Económica y el análisis sociológico e institucional

Ahora bien, para José Luis Sampedro los datos cuantitativos ofrecidos en los modelos de representación de la realidad económica resultan insuficientes para conocer la forma en que se desenvuelven los procesos económicos de la producción, el intercambio, el consumo y la distribución del ingreso. El modelo de Contabilidad Nacional, por ejemplo, no nos dice nada sobre la naturaleza de los mercados, el grado de competencia existente o la organización del sistema financiero, aunque todos estos aspectos son condicionantes de los flujos contables registrados. Tampoco nos dice nada sobre la forma cómo todos esos procesos económicos impactan en el medio natural, un aspecto sobre el cual en la época en que escribía Sampedro no existía aún una sensibilidad suficiente, pero que hoy obliga a incorporar no solamente los aspectos sociológicos, institucionales, culturales y políticos, sino, asimismo, los aspectos medioambientales, al ser el sistema económico un subsistema incluido en el sistema ecológico.

Por su parte, el modelo de Leontief tampoco nos habla de situaciones importantes, como la naturaleza de las relaciones laborales en la actividad productiva o la influencia de la tecnología en los diferentes sectores productivos o en la organización de la producción. De este modo, importantes aspectos de la realidad socioeconómica quedan excluidos de estos modelos. Por tanto, para el *análisis estructural* es muy importante conocer no solamente los resultados de los procesos económicos, sino las características de dichos procesos, esto es, las interdependencias entre los actores económicos, sociales y políticos en el conjunto de la sociedad. Lo cual nos lleva de la mano al análisis de las instituciones y a la Estructura Económica.

Tal como señala Sampedro, la idea de que el conocimiento de la realidad económica exige una percepción de su contexto histórico es un punto de vista con rica tradición entre los investigadores de la ciencia económica, y si a veces no sucede así es por el hábito de considerar como “heterodoxos” a los/as autores/as que insisten en la visión histórica de la economía. José Luis Sampedro se encuentra, desde luego, entre esos “heterodoxos”, ya que parte en este punto de las aportaciones de los maestros de la Escuela Histórica

de Economía, que floreció en la segunda mitad del siglo XIX con pensadores como Wilhelm Roscher, Bruno Hildebrand, Karl Knies, Gustav Schmoller, Werner Sombart y Max Weber. Esta Escuela tuvo una influencia importante en la Europa continental hasta bien entrado el siglo XX.

La *Escuela Histórica Alemana* representa una crítica metodológica importante a los “*economistas teóricos*” de las escuelas clásica y neoclásica, a los cuales acusa de una excesiva abstracción y pretensiones de universalidad con el recurso a “*leyes económicas*” establecidas por un enfoque metodológico de carácter deductivo, a partir del racionalismo ejercitado por el “*homo oeconomicus*” en busca de su propio interés o beneficio económico. En este sentido, Friedrich List puede considerarse un precedente anterior de la *Escuela Histórica Alemana*, dada la crítica que dicho autor realizó a los planteamientos del liberalismo económico de Adam Smith.

Para la *Escuela Histórica Alemana*, la economía debe ser una ciencia dedicada al análisis riguroso de la realidad y no sólo a la deducción de teoremas a partir de determinados supuestos teóricos. El desarrollo del conocimiento económico debe ser, por tanto, resultado de estudios empíricos e históricos rigurosos sobre la realidad social y económica en toda su complejidad, incluyendo los aspectos históricos, políticos, sociales, psicológicos, legales y éticos, en lugar de orientarse a la creación de modelos matemáticos.

De este modo, los autores de la *Escuela Histórica Alemana*, una aportación prácticamente desconocida hoy día en las Facultades de Economía en España, se esforzaron, según señala Sampedro, por estudiar las instituciones, compararlas e interpretar su sentido económico y su influencia en la economía, lo cual influyó también en la creación del institucionalismo norteamericano, en el que destaca sobre todo la figura de Thorstein Veblen, quien mantuvo una postura muy crítica hacia las instituciones del capitalismo moderno, que se encuentra expresada en sus dos obras más conocidas: “*Teoría de la clase ociosa*” (1899) y “*Teoría de la empresa de negocios*” (1904).

Veblen combatió decididamente la economía ortodoxa, criticando la idea del “*homo oeconomicus*” y el supuesto irreal de la competencia perfecta. En su lugar, Veblen insistió en que el individuo es un ser eminentemente social, condicionado por su contexto histórico e influenciado por la cultura, valores y formas de comportamiento de la sociedad en la que vive.

En sus trabajos, Veblen esboza una teoría de la evolución económica en la cual destacan el cambio, el movimiento y los conflictos entre fuerzas opuestas. Nada de tendencias hacia el “equilibrio”. En este sentido, el desarrollo incesante de la tecnología constituye para Veblen la causa más importante de los cambios de las *instituciones*, ya que los cambios en las formas de ejecutar las operaciones materiales de la vida hacen anticuados ciertos hábitos y modos de pensar (instituciones), estimulando la creación de otros nuevos. En esto reside una causa poderosa de conflictos, tal como ya lo señalara Karl Marx, entre el desarrollo de las “*fuerzas productivas*” y las “*relaciones sociales de producción*” en el desarrollo capitalista.

Para Veblen, la principal manifestación de ese conflicto en el capitalismo moderno es el antagonismo entre “*negocio*” e “*industria*”, representando el primero de ellos los modos de pensar y actuar de la comunidad de los negociantes, propietarios absentistas y público en general, los cuales se encuentran distantes de la calidad esencial de los procesos industriales, haciendo así de la ganancia financiera el objetivo principal de su comportamiento (esta es la “*cultura pecuniaria*”). De otro lado se encuentran los criterios del trabajo “*industrial*” de carácter productivo, el cual se ocupa de incorporar mejoras en el aparato productivo, siendo sus protagonistas los ingenieros, inventores y obreros cualificados.

La distinción entre “*capital pecuniario*” y “*capital industrial*” es -como vemos- fundamental en la lúcida argumentación de Veblen en relación al empleo y las crisis del sistema capitalista moderno. Este conflicto, según señala Veblen, se ha agudizado con el desarrollo de las finanzas y la aparición de la empresa moderna, tal como señala en su “*Teoría de la empresa de negocios*”. Por ello, no existe ninguna razón para suponer que el aumento de los fondos de capital financiero equivalga a un aumento del *capital productivo*. De este modo, Veblen elabora sus dos teorías más importantes, referidas a la relación entre el progreso de la tecnología y la estructura de la organización de los negocios, y una explicación de las crisis financieras del capitalismo moderno. El conflicto entre *tecnología e instituciones* es expresado de esta forma por Veblen, el cual ve con claridad la tendencia a que los valores del capital pecuniario aumenten fuera de toda proporción razonable con los activos físicos (o lo que ahora denominamos “economía real”). Se trata, como vemos, de una interpretación pionera de las causas últimas de las crisis financieras en el sistema capitalista.

Sampedro no sólo nos acercaba autores poco usuales en la enseñanza oficial de la economía, también incursionaba en el análisis funcionalista de la Etnografía, de la mano de autores como Malinowski, Radcliffe-Brown o Evans-Pritchard, los cuales vinculan el estudio de las instituciones al de las funciones que desempeñan dentro de la estructura social de las comunidades primitivas. La Etnología, la Historia y la Sociología eran traídas por José Luis Sampedro para completar los aspectos cualitativos de su propuesta de *análisis estructural de la economía*.

La Sociología, como área encargada del análisis de las relaciones sociales, utiliza el concepto de institución con la doble acepción de forma de comportamiento y de grupo social que la ejercita. En este caso, Sampedro nos invitaba a la lectura de Max Weber (*Economía y Sociedad*, 1944) y de Talcott Parsons (*La Estructura de la Acción Social*, 1949), entre otros. Para Parsons, la actividad económica se desarrolla dentro del marco institucional y es una fase del mismo, siendo las instituciones partes integrantes de la estructura social. Como vemos, Sampedro nos instaba a realizar un recorrido por las Ciencias Sociales con el fin de ir recogiendo elementos susceptibles de utilización en el análisis de la realidad económica, que no es posible llevar a cabo sin tener en cuenta los aspectos institucionales y el contexto social.

Igualmente, Sampedro aludía a la importancia de la influencia de la tecnología sobre la estructura económica y los cambios de estructura, aludiendo así a las diferentes etapas de la técnica señaladas por Lewis Mumford (*Técnica y Civilización*, 1945), así como a la decisiva aportación de Joseph A. Schumpeter (*Capitalismo, Socialismo y Democracia*, 1950) sobre la relevancia del núcleo tecnológico, productivo y energético como elemento central en la explicación de la dinámica cíclica del desenvolvimiento económico capitalista.

Pese a esta lúcida aportación de José Luis Sampedro y de otros importantes seguidores, entre los cuales quiero destacar a Xosé Manuel Beiras, en la España de los años ochenta se procedió a relegar los estudios de Estructura Económica en la enseñanza de la economía, pasando dicha materia a formar parte de la más vaga expresión de “Área de Economía Aplicada”, siendo la reflexión conceptual y metodológica de la economía limitada oficialmente desde entonces a la teoría económica convencional o neoclásica. Recuerdo muy bien aquellos años en los que asesores del gobierno, por lo general visitantes de prestigiosas universidades

estadounidenses, defendieron ese desatino, enterrando con ello uno de los pocos espacios existentes de reflexión crítica metodológica en economía, que José Luis Sampedro había tratado de abrir en las Facultades de Economía en este país.

LA ECONOMÍA Y LA ESTRUCTURA ECONÓMICA EN JOSÉ LUIS SAMPEDRO

José Manuel García de la Cruz (Universidad Autónoma de Madrid)

Quiero iniciar el acercamiento a la contribución de José Luis Sampedro a la Economía como disciplina científica recordando las primeras líneas de la que -en opinión de quien escribe- fue su mayor contribución al pensamiento económico, su obra *Realidad económica y análisis estructural* (1959):

“Quizá la mejor manera de entrar en materia, de estrellarnos casi contra el problema, consista en comparar la situación de la ciencia económica con las de otras ramas del saber. Imaginemos, por ejemplo, un naturalista que, paseando por el campo, siente atraída su atención por una piedra. Se inclina, la examina brevemente, piensa la palabra “granito”, y sigue su camino. Ese solo vocablo le ha permitido designar de una vez, y de manera inequívoca, todo un mundo de peculiaridades inherentes al fragmento que acaba de examinar: su composición, sus propiedades físicas y químicas, su origen geológico, sus aplicaciones. Porque “granito” es un epígrafe de un casillero científico previamente elaborado, cuyo empleo facilita la aplicación a la realidad o a la interpretación científica de esa misma realidad y basta para ahorrar toda discusión ociosa sobre su naturaleza y sobre sus diferencias con otros entes reales”.

En este párrafo se encuentra la justificación de una reflexión intelectual sobre la Economía como disciplina científica, los problemas económicos y las dificultades para su solución, consecuencia de la insatisfacción personal de Sampedro con el estado de la Economía de su tiempo. De ahí que admita la posibilidad de estrellarse en el intento, con la responsabilidad de quien entiende que -como anticipa en el prólogo de la obra- “la libertad de expresión no es un derecho -como suele decirse tontamente-, sino un deber”.

La insatisfacción puede ser fácilmente compartida en estos tiempos de crisis económica en los que el oscurantismo del lenguaje de los economistas empieza a ser interpretado como incapacidad e, incluso, inutilidad, por el conjunto de la sociedad, pero costaba más entenderla en unos momentos en los que la economía española iniciaba su andadura en el orden mundial de la posguerra y cuando los intentos modernizadores de la economía española empezaron a ser deudores de los consejos de los organismos multilaterales. Hay que recordar que España fue admitida en las Naciones Unidas en 1955, tras levantarse el veto por parte de los

EE.UU., en el Fondo Monetario Internacional y en el Grupo Banco Mundial en 1958 y en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) en 1963.

Ahora bien, ¿qué produjo la reflexión de José Luis Sampedro? En este breve texto se va a señalar lo que se puede considerar su visión de la Economía y su contribución a la incorporación de conceptos específicos, los fundamentos del análisis estructural en su particular versión.

Vayan por delante una advertencia, una consideración y una denuncia. Hay que advertir que el uso de términos ya incorporados a los debates públicos no significa que su interpretación y menos aún la intencionalidad sea la misma por todos por quienes los utilizan, y un ejemplo inmediato lo ofrece la expresión “cambio estructural”. Igualmente, hay que considerar la contribución de Sampedro como una propuesta sobre la que trabajar, no como un modelo de pensamiento cerrado y, menos todavía, universal. Y, en consecuencia, hay que denunciar el escaso reconocimiento que ha tenido su obra en el mundo académico español, que prefiere las referencias exteriores y principalmente -por no decir exclusivamente- anglosajonas a la investigación sobre los autores que, como José Luis Sampedro, han sido capaces de proponer marcos analíticos propios desde el debate intelectual de su época.

1. Qué es la Economía

No es fácil responder a esta pregunta. En la actualidad se podría decir de quienes hablan de Economía lo contrario que el Sr. Jourdain (el burgués gentilhomme de Molière) de su esposa. Si ésta hablaba en prosa sin saberlo, los economistas emplean términos semejantes sin saber si se refieren exactamente a lo mismo. Así se multiplican los discursos sobre el crecimiento, sobre el empleo o la desigualdad, por no citar la evolución de las bolsas o de los salarios -todos estos temas y muchos más forman parte de las preocupaciones de los economistas-, con las más variadas explicaciones, contradictorias en múltiples ocasiones y con efectos de asombro y desprecio en la opinión pública.

Se puede leer “los precios han subido un 3%”, y alguno pensará: “es una cifra, es un dato objetivo”; pero para sorpresa del no experto, en ocasiones la misma cifra se valora muy positivamente y en otras muy negativamente. ¿Por qué? Pues porque, desde la defini-

ción convencional de Economía, el 3% es interpretado como resultado de la eficiencia en el uso de los escasos recursos asignados a la satisfacción de necesidades humanas. Sin embargo, para alguien como Sampedro era necesario preguntarse: ¿ese 3% de inflación mejora o no las condiciones de vida de la gente?

Es obvio que la respuesta a esta pregunta no es fácil, depende de muchos factores, como el grado de mercantilización de las relaciones sociales, la evolución de las rentas generadas en torno a la producción, la capacidad de apropiación de los resultados de la eficiencia lograda, los efectos sobre el patrimonio no renovable implícitos en el uso de los recursos y sobre todo de sus efectos sobre la expulsión o inclusión en las relaciones de mercado a sectores sociales sin capacidad de obtención de rentas por sus propios medios. En esta dirección va la obra de Sampedro *La inflación en versión completa* (1976), reeditada en 2012 con un texto adicional de Carlos Berzosa con el título *La inflación* (al alcance de los ministros).

Sampedro comparte la propuesta del historicista Wilhelm G.F. Roscher, para quien “el punto de partida, así como el objeto de estudio de nuestra ciencia (económica), es el Hombre”. La fijación de la atención en el Hombre se traduce en nuestros tiempos por la preocupación sobre la humanidad, la gente. Lo que condujo a Sampedro a considerar, como hace en la obra *Estructura Económica: teoría básica y economía mundial* (junto a Rafael Martínez Cortiña, 1969), la supresión de la montaña del hambre como el objetivo prioritario del estudio y de la acción de los economistas. No sorprende que, para Sampedro, la Economía debe ser la “*ciencia de la pobreza*”.

En otros términos, la Economía no debe tratar de la organización de objetos (recursos) para producir objetos (bienes), sino de las relaciones entre gente para satisfacer las necesidades de la gente. Una consecuencia es el rechazo de la idea de homo oeconomicus, racional, autosuficiente, bien informado y mejor capacitado para resolver libremente y sin complejos cualquier decisión que afecte a cómo satisfacer sus necesidades. Siguiendo algunos de los planteamientos del historicismo alemán y de los estudios antropológicos de Bronisław Malinowsky, Sampedro -como los primeros institucionalistas, especialmente John R. Commons, Clarence Ayres y, sobre todo, Thorstein Veblen- defiende la importancia del conocimiento de la urdimbre social, la configuración del sistema productivo, la disponibilidad de alternativas técnicas y de la cultura para entender la naturaleza de los fenóme-

nos económicos. Por ello, rechaza el planteamiento de Pareto, que reduce la identificación de las necesidades a la construcción de mapas de indiferencia de individuos que, en su suma, aportan la demanda social, pero reconoce la transcendencia de la contribución de su admirado John M. Keynes por la importancia concedida a las políticas fiscales y monetarias, con la introducción del Estado como agente económico activo y dotado de capacidades ajenas a las de los individuos paretianos.

Por lo tanto, la obra de Sampedro se inscribe plenamente en la corriente que reivindica la dimensión social de la Economía, lejos del creciente tecnicismo que ha invadido la investigación económica. Ahora bien, hay que dejar muy claramente establecido que José Luis Sampedro no solamente apreciaba el uso de las matemáticas en la Economía, sino que, con la misma claridad con la que discrepó de la visión que -aún hoy y más intensamente- domina los estudios económicos, defendió, a partir del reconocimiento de los avances de los econométricos (Gonzalo Arnáiz aparece en los agradecimientos en la obra *Realidad económica y análisis estructural*), la necesidad de impulsar desarrollos matemáticos específicos, adecuados a las necesidades de la investigación económica, rechazando la que ha sido imparable incorporación acrítica de técnicas y métodos matemáticos proporcionados por el progreso de las ciencias físicas. Los avances matemáticos y estadísticos deben estar comprometidos con el mejor conocimiento de la realidad económica.

Frente a la tradición de deductivismo metodológico que se ha impuesto en Economía, Sampedro defiende el conocimiento derivado desde la realidad. Es decir, será la realidad la que delimite el ámbito en el que identificar los problemas y serán éstos los que permitan seleccionar las soluciones más oportunas. Es un planteamiento más próximo al inductivismo y radicalmente alejado de la común y extendida práctica de ver la realidad a través de las anteojeras de esquemas mentales previamente identificados y asumidos como ciertos.

Esto no significa que el acercamiento a la realidad deba hacerse desde una posición ingenua, todo lo contrario: precisamente, los avances matemáticos y estadísticos, junto a la profundización en los procesos históricos, permiten conocer mejor las distintas situaciones por las que pueden atravesar las economías y más aún las diferencias entre ellas. En este sentido, las referencias a la importancia del estudio de los ciclos y de la diversidad ofrecida por las economías en

desarrollo son un buen ejemplo que Sampedro ofrece frente al monismo dominante en Economía.

Esta exigencia conlleva la apertura de la visión de los problemas económicos más allá de los cánones establecidos por y para los economistas. El acercamiento a la realidad va a exigir conocer la historia, pero también la sociología, las pautas culturales en las que se desenvuelve la actividad económica y en las que se manifiestan los problemas. En este sentido, la “visión” de Sampedro se aproxima a la de Joseph A. Schumpeter, es un acto precognitivo previo a la observación de la realidad, consecuencia de la sociabilidad del ser humano y de la transmisión social del conocimiento disponible en una comunidad dada. No es, por tanto, la ingenuidad lo que conduce a la aproximación a la realidad, sino ideas previas que son sometidas a contrastación. En este toma y daca entre ideas y realidad se afinarán las interpretaciones y se podrá avanzar hacia el conocimiento científico desideologizado, y no porque de antemano se proclame la neutralidad ideológica derivada de un pensamiento racional, común y compartido por toda la humanidad. Pues bien, en este ejercicio, Sampedro concluye que la tendencia general en la ciencia evoluciona desde la búsqueda de relaciones causales, lineales, hacia la identificación de relaciones de interdependencia, de relaciones simples a relaciones crecientemente complejas. Por consiguiente, el acercamiento a la realidad se ha de hacer aceptando que ésta se muestra como un complejo conjunto de relaciones de interdependencia que precisa de un método específico que integre las conexiones aisladas y parciales.

Esta posición, lejos de simplificar el reto que asume y define a la Economía, le añade la dificultad de diferenciar entre lo directamente observable y la estructura de dicha realidad, aquella que organice las percepciones de forma tal que permita interpretarla y actuar sobre ella. Aquí Sampedro justifica su propuesta de la Economía como Estructura Económica recordando a Max Weber: “lo evidente por sí mismo es aquello que menos suele ser pensado”.

2. La Estructura Económica

Sampedro confiesa en el prólogo a *Realidad económica y análisis estructural* que esta obra es resultado del encargo de “montar un curso”, dice, sobre Estructura Económica, de tal forma que podría pensarse que su contribución fue inicialmente deudora de una decisión administrativa del Ministerio de Educación, que, y así también lo confiesa, encendió su interés por buscar

contribuciones, ideas y propuestas que ampliaran las que, ya entonces, debieron parecerle insatisfactorias respuestas del pensamiento económico ante fenómenos nuevos, especialmente sobre el ciclo económico o las economías no europeas, junto con las posibilidades que los nuevos instrumentos cuantitativos (concretamente la contabilidad nacional y las tablas de insumo-producto) abrían al análisis económico. Estas ideas -recogidas en la contribución de Francisco Alburquerque a esta publicación-, unas económicas, otras procedentes de la Antropología, de la Historia o de la Sociología, contribuyeron a la formación de su pensamiento: el análisis estructural de la economía. Con una exigencia infrecuente, buscando el “granito” en Economía, Sampedro se obliga a definir los conceptos, a articularlos y a evaluar sus posibles aplicaciones. Y aunque a los más mayores de entre quienes esto lean les resulte nostálgico, hay que recordar los fundamentales.

En coherencia con su acercamiento a la realidad, exige a la Estructura Económica que prescindiera de los datos, circunstancias y de todo lo que resulte superfluo, para dejar al descubierto lo importante de la realidad económica, las cualidades de sus componentes principales y sus relaciones. En definitiva, los esfuerzos se han de orientar a la delimitación, definición y explicación de la “estructura económica” de la realidad a estudiar. ¿Y qué es la estructura económica? Pues ni más ni menos que “el conjunto de relaciones y elementos que caracterizan, con cierto grado de permanencia, una cierta realidad económica”.

Sampedro entiende que el campo de estudio de la Estructura Económica es la realidad actual, del momento. La Estructura Económica tendrá un enfoque descriptivo, pero en el sentido que se ha dado a la descripción, que incluye la explicación del propio fenómeno que se describe, yendo más allá de la mera enumeración de elementos o hechos; se trata de describir y explicar las relaciones entre ellos, y además, a partir de las relaciones que tengan cierta permanencia, no sean puramente transitorias o coyunturales. Esto plantea el problema inicial de acotar la realidad, lo que significa determinar el espacio y el período temporal del análisis estructural.

Se ha de diferenciar entre *estructuras económicas globales o generales* (así, en plural, lo que permitirá la construcción de tipologías) y sectores estructurales o estructuras parciales. Las primeras incluyen todas las facetas que afectan a la vida económica, confirmando la visión holística de Sampedro de la Econo-

mía; los segundos, a las partes activas de la estructura general, que, así mismo, habrá que delimitar según el nivel del análisis a llevar a cabo. Esta perspectiva permite la combinación de los análisis macroeconómicos y microeconómicos y, además, en ella cabe el estudio mesoeconómico de los fenómenos económicos: así, por ejemplo, de sectores como el agrario; o de regiones económicas respecto de economías nacionales; o de las cadenas de valor globales y de las economías nacionales en el contexto de la globalización.

Por otro lado, si bien Sampedro atribuye a la Estructura Económica el estudio de los problemas actuales, considera imprescindible el conocimiento de la historia, pero confía esta tarea al trabajo de los historiadores, no porque no se puedan realizar estudios de la estructura económica de períodos históricos concretos, sino por reconocimiento de las competencias específicas de estos científicos sociales. Es obvio que no todos los estudios históricos resultan válidos a los fines de la Estructura Económica, solamente interesan aquellos que contribuyan a identificar las relaciones más permanentes y -anticipando una idea central- sobre todo los cambios que la propia realidad económica ha conocido a lo largo de la historia de la humanidad. E, igualmente, hay que enfatizar que el estudio de las relaciones entre actores (verbigracia: consumidores, empresas, Estado), si bien se localizan en un espacio físico, se separan de los aspectos más físicos de éste, y con ello, se delimita la Estructura Económica de la Geografía.

El reto específico del análisis estructural será la identificación de las relaciones estructurales, las dotadas de permanencia y que además expliquen la realidad, es decir, su funcionamiento. Llegados a este punto, se entiende la necesidad que tuvo Sampedro por buscar en la historia de las ideas económicas aportaciones ajenas a la tradición más convencional. Así, encontró en los estudios sobre anatomía política de William Petty las ideas sobre la necesidad de catalogación de los elementos constitutivos de la realidad económica, en las aportaciones del estudio circulatorio de François Quesnay la regularidad de determinadas relaciones económicas o en los institucionalistas, con Thorstein Veblen a la cabeza, la feroz crítica sobre la pretendida racional neutralidad de los mercados.

Además, Sampedro reivindica, con Colin Clark, la necesidad de la comparación para el avance del conocimiento científico, de ahí la importancia de la construcción de tipologías que diferencien estructuras económicas. En este sentido, en Las fuerzas económi-

cas de nuestro tiempo (1967) aporta un concepto clave para este propósito: “sistema económico”, entendido como “conjunto de relaciones básicas, técnicas e institucionales, que caracterizan la estructura económica global de una colectividad y determinan el sentido general de sus decisiones, así como los cauces predominantes de su actividad”.

Relaciones técnicas e institucionales, éstas serán las relaciones estructurales básicas que identifica Sampedro en la delimitación de la estructura económica como realidad, y será en las relaciones entre ambas como la interprete. Pero se introduce una exigencia adicional: determinan el sentido de sus decisiones.

El nivel técnico no se introduce como avance en los conocimientos y en los logros de la técnica, éstos se aprecian en la medida en que se incorporan a la actividad económica, es decir, en tanto que resultado de decisiones sociales que admiten estos avances y los aplican no solamente a los procesos de producción y distribución, también a las formas de relación social. Otro tanto cabe señalarse respecto de las instituciones; Sampedro no tiene dificultad en admitir las distintas categorías que puedan establecerse entre reglas, costumbres, normas, etc., pero sí para admitir que sean ajenas a la realidad, que sean meros mecanismos de gobernanza diferentes de la realidad que gobiernan. Las instituciones, para Sampedro, como para Veblen y la Antropología, forman parte de la misma realidad, y solamente desde la contemplación de la totalidad de la realidad de la que forman parte se pueden interpretar y analizar adecuadamente. Estas ideas han aproximado a Sampedro al pensamiento de Marx, aunque se trata de una aproximación consecuencia de la importancia que el propio Marx concede a Quesnay y a la Historia, pero Sampedro no participa de la interpretación marxiana de la transformación social.

Sampedro coloca en el centro de sus reflexiones el cambio estructural, como perspectiva alternativa a la estática comparativa que analiza la realidad a través de la observación de los cambios distinguibles entre dos momentos temporales; al contrario, para un economista debe ser crucial interpretar cómo han sido posibles los cambios observados, ha de interpretarlos. La justificación de esta necesidad es doble: poder anticipar los cambios y, sobre todo, poder influir sobre los mismos y orientarlos en la dirección deseada, mediante la política en general y la política económica en particular.

Pues bien, Sampedro entiende que la transformación

de la realidad, de su estructura económica, es el resultado de la resolución de los desequilibrios y conflictos que surgen y caracterizan a los procesos sociales. Evidentemente, se separa de la interpretación de la transformación como proceso natural, próxima a los economistas evolutivos, pero también del marxismo, al no aceptar que exista un conflicto central y determinante de la transformación -la relación salarial- y admitir, en coherencia con su visión de la realidad económica, otros motivos -conflictos- sociales, culturales o tecnológicos en los impulsos de la transformación y, especialmente, sobre el sentido de las decisiones que caracterizan a los sistemas económicos. Su propuesta de combinar la prospectiva tecnológica con la lógica dialéctica hace más indeterminado el resultado de los procesos iniciados, pero más estimulante su estudio, al reivindicar la perspectiva multidisciplinar para las ciencias sociales.

Como conclusión y resumen de las ideas de José Luis Sampedro sobre la Estructura Económica, nada más apropiado que lo que él mismo escribió al término de *Realidad económica y análisis estructural*:

“La Estructura viene a ser como una encrucijada o piedra clave entre las ciencias económicas. Porque en ella concurren, apuntalándose mutuamente, aportaciones consideradas a veces como contrapuestas, como el análisis clásico deductivo, por un lado, y el histórico, por otro; lo cualitativo y lo cuantitativo; lo racional y lo no lógico; las dependencias matemáticas funcionales y los lazos institucionales; la Economía y la Sociología. Y sobre esa bóveda del análisis estructural, se alza en definitiva un conocimiento científico de la realidad, base, a su vez, de toda política económica bien concebida; es decir, de la aplicación de nuestra ciencia al progreso y al bienestar humano”.

En este párrafo queda de relieve la apertura de pensamiento social de José Luis Sampedro, su visión anticipatoria de una de las más unánimes reclamaciones de revisión de la Economía y su enseñanza, y la reivindicación del economista como activista del cambio social hacia un objetivo: la mejora de las condiciones de vida de la gente, del Hombre.

Javier Lucena (Universidad Autónoma de Madrid)

Al reflexionar sobre las relaciones entre el pensamiento de José Luis Sampedro y el mundo latinoamericano, todo indica que la mayor riqueza se encuentra en lo relacionado con el estructuralismo del desarrollo. Sin embargo, no quisiera que esto me llevara a tratar la realidad latinoamericana como un objeto de análisis sobre el que aplicar el enfoque Sampedro, con el fin de deducir algunas explicaciones sobre su comportamiento. Tampoco me gustaría que se entendiera como una comparación entre dos literaturas, ya que los estudios sobre el estructuralismo del desarrollo a ambas orillas del Atlántico pertenecen a una misma corriente y comparten una serie de ideas y puntos de vista centrales.

El ámbito de estudio al que me refiero está relacionado con una serie de problemas que, pese a haber sido observados con anterioridad, comenzaron a ser analizados con una óptica distinta a la luz de ciertas novedades, que surgieron entre las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XX. En este sentido, a la preocupación por la vulnerabilidad de las economías a los efectos de la Gran Depresión se unió la puesta en cuestión de la economía convencional por parte de John Maynard Keynes y la urgencia del tratamiento de los problemas relacionados con la pobreza. En particular, esta última novedad había adquirido visibilidad debido a la aparición de un conjunto de nuevos países, por los procesos de descolonización que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Como consecuencia, para referirse a los problemas de estas realidades económicas se difundieron de forma alternativa conceptos como los de zonas económicamente deprimidas, áreas atrasadas o subdesarrollo, aunque cada uno de ellos ponía el acento en aspectos distintos. Mientras que el primero se relacionaba con aspectos vinculados a la economía regional, el segundo concentraba las explicaciones en los problemas de capital, a la vez que el tercero incidía en el alejamiento del comportamiento de estas economías con respecto a lo esperado por la Economía más convencional. Sobre todos ellos expuso su preocupación José Luis Sampedro en *Realidad económica y análisis estructural* (1959), debido a la falta de precisión que tenían a la hora de describir la realidad. De ahí que mantuviera una amplia distancia con respecto a lo que se entendía como países subdesarrollados y también sobre las diferencias que se establecían entre éstos y los desa-

rollados. En definitiva, en las primeras aportaciones del autor se presentaban como términos imperfectos, con los que de manera imprecisa la Economía trataba de designar las preocupaciones legítimas sobre el desarrollo económico.

El estructuralismo del desarrollo

¿Qué caracterizó las primeras formulaciones sobre el desarrollo realizadas por parte de los análisis estructurales a ambas orillas del Atlántico? A este respecto considero que los dos espacios que más terreno comparten las propuestas se encuentran en la concentración del esfuerzo explicativo en las relaciones estructurales y en su punto de vista sobre el desarrollo. Por un lado, la mayoría de las aportaciones comparten la preocupación por la descripción de la realidad económica y la consideración de que, para alcanzarla, es necesario un trabajo de inferencia que pueda hacer el campo real contemplado inteligible a partir de la determinación de sus relaciones estructurales. En este sentido, resulta perfectamente transferible a los análisis latinoamericanos la metodología propuesta por José Luis Sampedro, centrada en la búsqueda de relaciones estructurales que se guíen por las notas de totalidad, interdependencia entre los componentes y permanencia de las relaciones. De forma similar, en *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (1949), recogido en el *Estudio Económico de América Latina* de 1948 de la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL), Raúl Prebisch trató de responder a su preocupación sobre la vulnerabilidad de las economías de la región a través de la búsqueda de relaciones estructurales. En torno a ello formuló una serie de interdependencias entre el comercio, la estructura productiva, el tipo de crecimiento y la acumulación, las cuales se concretaban en limitaciones y debilidades al desarrollo económico. Por otro lado, todas las propuestas compartían en buena medida un punto de vista sobre el desarrollo económico como proceso de transformación de las estructuras económicas, que las alejaba de la estática comparativa y las impelía a profundizar en las nociones de cambio, dinámica y transformación. Esto se debe a que la dinámica, dentro del análisis estructural, se considera presente tanto en las propias relaciones de interdependencia entre las partes como en el movimiento que determinan esas

relaciones. Como consecuencia de ello, los cambios estructurales surgen por y en los límites de las relaciones y tienen lugar en los procesos de interacción entre los componentes de la realidad económica y el resto del campo contemplado. De esta forma, la trayectoria que siguen dichos cambios determina la transformación estructural. Sobre este particular, cabe señalar que en el caso del estructuralismo latinoamericano, la insistencia sobre la transformación y el desarrollo productivos se debe a la concentración de las propuestas de solución en torno a los cambios estructurales relacionados con los programas industrializadores y la transformación de las estructuras de producción que implican.

Más allá del espacio compartido con Raúl Prebisch, es posible encontrar puntos de conexión del pensamiento de José Luis Sampedro con otros autores, como Celso Furtado o Aníbal Pinto. En estos casos, la cercanía más evidente vuelve a encontrarse en las relaciones estructurales más permanentes y en la consideración del campo real globalmente considerado. Con ello me refiero al desarrollo de enfoques de demanda que permitieron profundizar en los efectos de la heterogeneidad estructural, al relacionarlos con la distribución de ingresos, los patrones de demanda a los que daba lugar y la influencia que éstos tenían sobre la acumulación de capital. Estos puntos de vista se enriquecieron más tarde con la perspectiva de los estilos de desarrollo -también enfocados desde la demanda- y con las propuestas sobre la tendencia al estancamiento.

Pese a ello, es posible encontrar algunas diferencias entre las propuestas. Mientras que los primeros análisis de José Luis Sampedro se centraron en la estructura económica observada desde una perspectiva más estática, las propuestas de Raúl Prebisch y de la CEPAL se caracterizaron desde un primer momento por concentrarse en el comportamiento de la dinámica económica. Como expuso José Luis Sampedro junto a Rafael Martínez Cortiña en *Estructura Económica* (en la edición de 1969), aunque la preocupación sobre las estructuras de los procesos dinámicos resultaba central para construir conocimientos sobre la transformación estructural, aun se encontraba en un estado embrionario. Esto se debe a que su programa de investigación se dirigió primero a asentar las bases epistemológicas y metodológicas del análisis estructural y más tarde a la descripción de la estructura económica, lo que le llevó a tratar en menor grado las estructuras de los procesos dinámicos. En contraste, las descripciones de las economías latinoamericanas

de Raúl Prebisch resultaban más dinámicas, con el desarrollo de las nociones de centro y periferia, que, junto al interés por la industrialización y a la crítica a las ventajas comparativas, encontraron una mejor explicación y apoyo empírico en el deterioro de los términos de intercambio. Como consecuencia, la primera interpretación sobre el deterioro de los términos de intercambio, dominada por los movimientos de los precios relativos, evolucionó de forma temprana a una segunda interpretación, que incorporaba la dinámica de los ciclos de negocio. En ella se partía de las diferencias de las productividades laborales vinculadas a los productos primarios e industriales para explicar el deterioro de la relación entre los ingresos de la periferia exportadora de productos primarios con respecto a los centros productores de bienes industriales. En este caso, la explicación se encontraba en los desajustes de oferta y demanda asociados a los ciclos de las economías y al comportamiento empresarial.

Con el paso del tiempo, se abrieron paso las corrientes de ideas que incidieron de una forma más intensa en que el comportamiento de los países subdesarrollados estaba determinado por el de los países avanzados, de forma que las posturas cercanas al marxismo expusieron con gran audiencia sus propuestas sobre la economía mundo, la dependencia o el imperialismo. Las partes de esas ideas a las que se mostró permeable el pensamiento de José Luis Sampedro le llevaron a plantear el subdesarrollo como un residuo, consecuencia de las carencias del desarrollo económico capitalista, en *Conciencia del subdesarrollo* (1972). También en esa línea, como recoge en "*Cinco etapas de mi pensamiento*", su contribución a *Pioneros del desarrollo* (1986), Raúl Prebisch indicó una tercera interpretación sobre el deterioro de los términos de intercambio o versión industrialización. Según la misma, una constelación económica de fuerzas situaba a los países industriales en el centro, de forma que eran capaces de establecer unas condiciones a la organización económica que les beneficiaba. Bajo mi punto de vista, en algún grado fueron expresiones que priorizaban las relaciones de poder y la hegemonía a la hora de explicar el comportamiento de la economía mundial. Se aproximaban a consideraciones de Economía Política en una época dominada por la bipolaridad, en la cual la interpretación de los problemas de las economías subdesarrolladas quedaba supeditada a los intereses de las dos grandes potencias. A este respecto, las debilidades más evidentes se encuentran en las teorías sobre el cambio que incorporan a la hora de establecer las estructuras de los procesos dinámicos.

Los nuevos caminos del estructuralismo latinoamericano

Las aportaciones a las que me acabo de referir, en cualquier caso, son las últimas expresiones que se realizaron con respecto a los problemas vinculados al desarrollo antes de que la primera oleada del estructuralismo se considerara superada en muchas de las disciplinas sobre las que se aplicó. En el ámbito económico, las críticas por parte de una nueva ortodoxia emergente, junto a los cambios en el objeto de análisis y a la incapacidad para responder a los efectos de la crisis económica de los años setenta y ochenta, desplazaron las aportaciones estructuralistas de los centros de decisión. Para entonces, sus propuestas acumulaban errores, excesos y malas interpretaciones, a lo que se unieron deficiencias en sus mecanismos de validación. Tal era la situación cuando la emergencia e implantación de un nuevo paradigma tecnológico expuso las carencias del marco explicativo sobre el progreso técnico y las innovaciones de la mayor parte de los estudios económicos. Con el fin de superar estas fallas, Fernando Fajnzylber avanzó desde la investigación sobre la dinámica industrial hacia un análisis del desarrollo económico centrado en las debilidades estructurales que presentaba Latinoamérica con respecto a la construcción de capacidades tecnológicas e innovaciones. *Industrialización en América Latina: de la 'caja negra' al 'casillero vacío'* (1990) es la expresión más celebrada del autor a este respecto. De esta forma, el progreso técnico y la aceleración tecnológica se convirtieron en los ejes que renovaron el estructuralismo latinoamericano, hasta el punto de que se convirtieron en la base de la propuesta de la CEPAL recogida en *Transformación productiva con equidad* (1990). En estos estudios y en los que les siguieron, las cuestiones tecnológicas fueron integradas a los principales temas de estudio del estructuralismo del desarrollo latinoamericano, lo que dio lugar a una reinterpretación de las diferencias entre el centro y la periferia, la restricción externa o la heterogeneidad estructural. Con ello también se amplió la perspectiva metodológica, que ha incorporado métodos procedentes de los estudios sobre innovación y del evolucionismo. A este respecto, lo cierto es que buena parte de estas aportaciones podrían ser suscritas por José Luis Sampedro, quien de forma temprana expuso con respecto a la aceleración tecnológica un enfoque muy próximo a los estudios sobre desarrollo industrial e innovación, como se puede leer en *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo* (según la tercera edición de 1975).

En cualquier caso, estos cambios de enfoque realizados por parte del neoestructuralismo no impidieron que, desde una posición hegemónica sobre las decisiones de política económica, continuaran las críticas de la Economía convencional a las propuestas estructuralistas y a la Economía del desarrollo en general. Ya fuera por reconocimiento a las mismas, debido a los fuertes desequilibrios económicos, o por la naturaleza de las políticas económicas que se aplicaban, lo cierto es que aumentó la atención a la estabilidad macroeconómica y a las relaciones que implica. Sin embargo, ante la constatación de que la necesidad de estabilidad para el desarrollo económico no implica que este último tenga lugar, surgió un interés cada vez más intenso por indagar sobre las relaciones entre la Macroeconomía y la estructura económica. Con ello ha aumentado el uso de enfoques keynesianos con respecto a las relaciones entre ahorro e inversión, la demanda y el comercio, aunque, para ser justos, ya eran tratados de esa forma por las primeras generaciones. Este interés ha llevado a observar los mecanismos de transmisión entre las políticas económicas y las estructuras de producción a partir de los efectos keynesianos, kaldorianos y de los equilibrios macroeconómicos, como se refleja en el documento de la CEPAL *Cambio estructural para la igualdad* (2012). Mientras que los primeros se refieren al efecto acelerador de la inversión por el impacto de las políticas sobre la capacidad instalada, los segundos se relacionan con los efectos de la demanda agregada sobre el progreso técnico, al tiempo que los terceros responden al efecto de los precios macroeconómicos sobre las rentabilidades intersectoriales y la composición de la inversión.

Conclusión

El largo proceso de *aggiornamento* que ha tenido el análisis estructural desde finales de los años setenta y principios de los años ochenta me lleva a preguntarme sobre la vigencia de este tipo de análisis con respecto a los problemas relacionados con el desarrollo. Aquí es donde la constatación del uso de nociones relativas al análisis estructural ha mantenido su validez y nos permite enlazar los estudios realizados por la primera generación con los posteriores, calificados de neoestructuralistas, pese a los cambios en los temas y las propuestas realizadas. Sin embargo, el proceso ha dado lugar a confusiones y mezclas metodológicas que, en algunos casos, han erosionado la capacidad de las investigaciones para describir la realidad económica. En este sentido, parecen muy adecuadas las palabras de Ángel Martínez en “El análisis estructural y sus relaciones con el análisis sistémico y los análisis

parciales” (2008), en *Revista de Economía Mundial*, sobre la necesidad de circunscribir el análisis estructural a su ámbito de pertinencia y buscar la complementariedad con otros enfoques. Pero para ello es necesario tener presente la vigencia de las críticas de autores como José Luis Sampedro con respecto a la Economía más convencional. Si tomamos como ejemplo los tratamientos de la nueva Economía Institucional, no resulta difícil encontrar que las limitaciones en estas propuestas, debido a la teoría de la elección o el individualismo metodológico que incorporan, se refieren a aspectos que ya criticaba José Luis Sampedro desde una perspectiva heredera del evolucionismo de Thorstein Veblen. Tampoco es un ejemplo elegido al azar, ya que se trata de una cuestión central en toda la obra de Sampedro y aún en el estructuralismo del desarrollo, en cuanto las instituciones son fuente de cambios estructurales. En cualquier caso, la vigencia de las críticas nos ayuda a perfilar el ámbito de pertinencia del análisis estructural con respecto a otros enfoques. Pero además, en la combinación del análisis estructural con otros puntos de vista debemos atender a la compatibilidad o no de nuestras hipótesis con las que se incorporan en otras metodologías. En nuestro ejemplo, los análisis de la nueva Economía Institucional incluyen, por ejemplo, teorías sobre los procesos de cambio social y económico que pueden entrar en contradicción con los postulados de una teoría realista como es la del análisis estructural. Todas estas cuestiones se deben tener en cuenta a la hora de mejorar la coherencia interna y la precisión de las explicaciones de economías cuya realidad se distancia de lo esperado por la aplicación deductiva de la Economía convencional.

CRECIMIENTO, DESARROLLO Y SOSTENIBILIDAD: LA TRAMPA DEL CONCEPTO, CADA VEZ MÁS PELIGROSA

Koldo Unceta (Universidad del País Vasco)

Hace más de cuatro décadas, en su conocido ensayo *Conciencia del Subdesarrollo*¹, Jose Luis Sampedro reflexionaba sobre la confusión conceptual existente entre las nociones de crecimiento y desarrollo, a partir de la crítica de la renta nacional como medida del bienestar o del progreso humano. Decía entonces Sampedro que “*Su aceptación como único objetivo, o como el más importante para el desarrollo, significa reducir este último al contenido de esa magnitud, es decir, a los bienes y servicios comercializables, a los que tienen un precio en el mercado. Todo lo demás no importa y no entra en la cuenta: el concepto de producto o de ingreso nos hace insensibles para todo lo que no se cuantifica en dinero. Y, por si esto fuera poco, los cálculos del producto nacional no sólo eliminan lo no tasable en dinero, sino que además no distinguen entre costes y beneficios para la comunidad, y no nos dicen las ventajas netas que nos ofrecen determinados productos o actividades*”.

Pese al tiempo transcurrido desde que Sampedro escribiera estas reflexiones, el debate sobre las relaciones entre crecimiento y desarrollo no sólo no ha perdido importancia, sino que la misma se ha acrecentado, a la vista de los problemas suscitados por un modelo que asocia bienestar con producción y consumo de mercancías, y que amenaza el futuro de la propia vida humana. La persistencia de esta controversia a lo largo del tiempo, y el arraigo de las concepciones que criticaba Sampedro, da buena muestra de la complejidad del asunto, el cual constituye, de alguna forma, la clave de bóveda de todo el entramado teórico construido al respecto.

Controversias históricas sobre el crecimiento

Para entender mejor el alcance de las confluencias y conflictos existentes entre ambos conceptos -crecimiento y desarrollo- conviene recordar algunos aspectos relevantes sobre el significado que la cuestión del crecimiento ha tenido como expresión de la idea de progreso. De manera muy general, la defensa del crecimiento como fundamento del bienestar ha tenido que ver con cuatro asuntos clave. El primero de ellos es la apelación a las necesidades humanas y al imperativo de producir más para poder satisfacer las mismas, especialmente cuando la población iba en aumento y sus expectativas de bienestar se iban ensanchando. De

ahí que, para que la gente pudiera acceder a lo que necesitaba, hacía falta producir más, lo cual remitía directamente a la defensa del crecimiento.

El segundo argumento es el que se refiere al incremento de las rentas para poder adquirir los bienes y servicios deseados. Desde esa preocupación, el crecimiento fue considerado una condición indispensable para generar un mayor número de empleos y, de modo más general, para que la gente pudiera disponer de mayores rentas para incrementar su bienestar. De hecho, cuando se habla del crecimiento, el mismo se expresa como un incremento, bien del valor monetario del producto, bien del ingreso por habitante.

El tercer asunto a considerar es que el crecimiento económico, y especialmente su expresión contable -el incremento del PIB/habitante-, ha sido una manera muy cómoda que la mayoría de los economistas han encontrado para simplificar la realidad y poder así plantear análisis y objetivos cuantitativos, susceptibles de ser plasmados en modelos, lo que por otra parte ha sido de gran utilidad para muchos políticos a la hora de ofrecer resultados sobre su gestión más allá de las repercusiones reales en términos de bienestar.

Finalmente, es preciso recordar que la apuesta por el crecimiento ha sido una magnífica coartada para evitar el debate sobre la distribución. En efecto, en la medida en que la tarta se hiciera mayor, sería más sencillo repartir un trozo de la misma. De esa forma, el crecimiento acabó por convertirse en un imperativo, sin el cual las posibilidades de llevar a cabo cualquier política social se hacían mucho más complicadas.

Sin embargo, y pese a las anteriores consideraciones, la defensa del crecimiento económico no ha sido en modo alguno unánime a lo largo de la historia reciente. Por el contrario, han sido muchos los autores y los puntos de vista desde los que se ha discutido la bondad o la necesidad del crecimiento. Por un lado, se ha venido cuestionando reiteradamente la defensa del crecimiento como fin en sí mismo, subrayándose que, en todo caso, la expansión de la producción sólo

¹ Jose Luis Sampedro, *Conciencia del subdesarrollo*, Salvat editores, 1972. En 1996, el libro fue reeditado junto a una interesante lectura paralela -a cargo de Carlos Berzosa- de los mismos temas que habían sido objeto de reflexión por parte de Sampedro 25 años antes (J. L. Sampedro y C. Berzosa, *Conciencia del subdesarrollo* veinticinco años después, Taurus, Madrid, 1996).

podría ser un medio para lograr un mayor bienestar. Esta preocupación ya venía desde Aristóteles, para quien *“la riqueza no es el bien que estamos buscando, ya que solamente es útil para otros propósitos y por otros motivos”*, y la misma ha sido recogida por un gran número de economistas. Incluso autores desarrollistas como Perroux se preguntaron sobre la utilidad del crecimiento, y sobre las condiciones en que el mismo podría ser provechoso, dando por supuesto que sus bondades no estaban predeterminadas. Más recientemente, la cuestión de los fines y los medios fue resaltada por Amartya Sen al afirmar que *“aunque los bienes y servicios son valiosos, no lo son por sí mismos”* y que *“su valor radica en lo que pueden hacer por la gente o más bien, lo que la gente puede hacer con ellos”*. Este planteamiento es el que se encuentra en la base del enfoque de capacidades y de las propuestas sobre el Desarrollo Humano que ha venido haciendo el PNUD durante las últimas dos décadas y media.

Lo cierto es que la preocupación por los negativos efectos de considerar el crecimiento como eje del bienestar ha constituido una constante a lo largo de la historia, hasta el punto de que un economista del desarrollo tan destacado como Albert Hirschman llegó a señalar que *“la economía del desarrollo debía guardarse muy bien de pedir prestado de la economía del crecimiento”*.

Sin embargo, el cuestionamiento del crecimiento económico ha ido mucho más allá de la preocupación por los fines y los medios del desarrollo. Como es bien sabido, el crecimiento ha causado numerosos problemas a la humanidad y no pocos autores han subrayado que el mismo no ha supuesto siempre mayor bienestar, ni se ha traducido en que la gente se sintiera mejor. En este campo podemos encontrar numerosas posiciones críticas. La de Hirsch vino a subrayar la existencia de límites sociales al crecimiento, ya que determinados bienes -que él llamó posicionales- sólo podrían estar disponibles para una parte de la sociedad. Por su parte, Scitovski señaló la existencia de una débil relación entre el ingreso y la felicidad, apuntando entre otras cosas que un mayor ingreso -con el que poder vivir mejor- se lograba muchas veces a costa de un mayor sufrimiento y alienación que, en realidad, suponía vivir peor. Max-Neef subrayaría que las necesidades humanas pueden satisfacerse de formas diversas, y que la insistencia en el ingreso y en los bienes materiales como únicos satisfactores suponía que la calidad de vida quedaba sacrificada por la obsesión de incrementar la productividad de los medios.

Finalmente, en este breve repaso, es obligado citar la crítica del crecimiento presente en toda la literatura del postdesarrollo, parte de la cual ha defendido incluso la idea del decrecimiento como alternativa. Puede observarse en definitiva que, desde distintos puntos de vista, a lo largo de la historia reciente se ha venido mostrando que el crecimiento económico ha generado en ocasiones muchos más problemas de los que debía solucionar, constituyendo al mismo tiempo una fuente de frustración y de malestar para muchas personas.

Crecimiento, equidad y sostenibilidad

Además, junto a todo esto, desde hace varias décadas se ha venido insistiendo también en que el crecimiento económico ilimitado era inviable desde el punto de vista de los recursos naturales, por lo que el mismo no era universalizable. De hecho, desde la publicación del Informe Meadows a principios de los años 70 han sido numerosos los autores que han llamado la atención sobre la finitud de los recursos naturales y la inviabilidad del crecimiento ilimitado. De esta manera se pondría asimismo de manifiesto el problema de la redistribución y las cuestiones asociadas a la solidaridad tanto intra como intergeneracional. En efecto, la cuestión de la sostenibilidad vendría a subrayar que no sólo existía un problema de justicia social en el presente, sino también que la insistencia en el crecimiento económico representaba una apuesta irresponsable basada en el agotamiento paulatino de las fuentes de vida de las futuras generaciones.

Es sabido que durante las últimas décadas se han multiplicado las amenazas para el futuro de la vida de las personas. Contrariamente a lo que cabría esperar -dada la ampliación permanente del conocimiento científico y la consiguiente capacidad de conocer las limitaciones y los riesgos de las actividades humanas- nos encontramos en un escenario caracterizado por la incertidumbre, en el que crecen las tensiones sociales, la inseguridad humana y la violencia, hasta el punto de que en el último año se ha alcanzado una cifra jamás conocida en cuanto al número de personas que buscan refugio en el mundo. Además, un buen número de ellas son refugiados ambientales, es decir, personas que se ven obligadas a abandonar sus lugares de origen ante al avance de la desertización, la escasez de agua, la contaminación o la destrucción de los recursos y del hábitat en el que vivían.

La gravedad de la situación ha obligado a modificar la llamada Agenda Internacional sobre el Desarrollo, situando las cuestiones ambientales en el centro de la

misma, tal como expresan los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) aprobados el año pasado por las NN. UU., los cuales vinieron a sustituir a los Objetivos de Desarrollo del Milenio, que marcaron la pauta durante los primeros quince años del siglo.

La centralidad adquirida por las cuestiones medioambientales plantea nuevos desafíos para las estrategias de desarrollo que obligan, una vez más, a considerar la importancia de las trampas conceptuales de las que hablaba Jose Luis Sampedro. En efecto, más allá de las ya conocidas afecciones de corto plazo -como los graves y crecientes problemas de salud provocados por la contaminación o los efectos generados sobre la población por la destrucción de recursos en algunos territorios- en la actualidad se han puesto sobre la mesa cuestiones que amenazan la propia continuidad de la vida humana sobre el planeta, al menos en las condiciones en las que hasta ahora se ha dado. Ello es consecuencia de la amenaza del cambio climático y de sus efectos sobre el hábitat humano, los recursos naturales y la pérdida de biodiversidad.

El diagnóstico contenido en la declaración de las NN.UU. sobre los ODS plantea abiertamente la necesidad de cambiar un modelo de producción y de consumo que es incompatible con un desarrollo realmente sostenible y capaz de satisfacer las necesidades humanas. De perpetuarse el mismo, la vida de las futuras generaciones está gravemente amenazada, lo que pone sobre la mesa la cuestión de la solidaridad intergeneracional. Sin embargo, como ha venido sucediendo continuamente, ya desde el Informe Brundtland, se sigue pasando de puntillas por la cuestión del crecimiento.

En efecto, como se ha planteado al principio, el crecimiento fue defendido inicialmente como único proceso capaz de generar los bienes y servicios necesarios para satisfacer las necesidades humanas. Sin embargo, es bien conocido que la humanidad dispone en la actualidad de conocimientos, recursos y tecnologías más que suficientes para que todas las personas puedan llevar una vida digna sin esquilmar los recursos de las futuras generaciones ni provocar amenazas sobre el clima. No es preciso crecer -producir más- para garantizar el bienestar humano. De hecho, y aun si aceptáramos por un momento el PIB/habitante como medida del bienestar, encontraríamos que el PIB/hab. mundial se situaría en torno a los 11.000 \$/hab. Se trata de una cifra algo superior a la de Costa Rica, país que suele mencionarse habitualmente en los Informes sobre Desarrollo Humano por su calidad de vida, ele-

vado nivel educativo y contar con uno de los índices de esperanza de vida más altos del mundo.

Pero, como también señalaba al comienzo de estas notas, el crecimiento económico, la necesidad de incrementar el PIB/hab., ha sido también una coartada permanente para eludir el debate sobre la desigualdad y la redistribución. Mientras permanezca viva la esperanza de una mejora en las condiciones de vida asociada al crecimiento, mientras cualquier horizonte emancipatorio siga presentándose de la mano de la ampliación de la tarta y no de su distribución, la trampa del concepto seguirá estando presente.

En esas circunstancias el debate sobre la solidaridad intergeneracional no debería plantearse de manera separada al de la solidaridad en el momento presente. La defensa del actual modelo de producción y consumo, la resistencia a modificar el modelo energético y a abandonar la era del carbono, la negativa a desmantelar actividades claramente nocivas y destructoras del medio, se sustenta casi siempre en el supuesto perjuicio que ello crearía al bienestar. Es decir, se trata de oponer el bienestar futuro y el bienestar presente.

Frente a esta disyuntiva, los discursos en favor de la solidaridad intergeneracional, las llamadas a preservar el futuro de la vida humana, no siempre encuentran el eco deseado, máxime en un contexto como el actual, en el que cada vez más gente vive en la precariedad y teme por sus condiciones de vida. En las actuales circunstancias, para muchas personas, el crecimiento sigue siendo la única esperanza de emancipación, lo cual se ve acrecentado en la medida en que la desigualdad se agranda y empeora la situación de amplios sectores de la sociedad.

Todo lo anterior plantea una pregunta ineludible: ¿es posible enfrentar los problemas de la sostenibilidad sin cuestionar un modelo basado en el crecimiento y sin abordar el problema de la distribución? Sutcliffe sostenía con agudeza que la única manera de enfrentar al mismo tiempo los retos del bienestar presente y los de la sostenibilidad futura es la redistribución. Sin embargo, en la actualidad se pretenden impulsar medidas para hacer frente al cambio climático y a la destrucción de recursos, mientras, al mismo tiempo, se promueven políticas económicas que generan mayor precariedad y desigualdad. El ejemplo de la Unión Europea es el mejor exponente de todo ello, al pretender ejercer el liderazgo mundial en la lucha contra la destrucción del clima a la vez que se promueve la creciente desregulación de los mercados y la primacía

de las exigencias de las empresas sobre los derechos de las personas.

Así las cosas, el debate económico sigue atrapado en la lógica de un crecimiento que, como decía Joan Robinson, tiene el peligro de representar “luces que confunden”, propagando falsas señales sobre la realidad de los procesos de desarrollo. La novedad del momento presente es que la trampa del concepto -a la que aludía Jose Luis Sampedro hace 40 años- no constituye sólo una dificultad metodológica para delimitar, entender y analizar el mundo de “lo económico”. En la actualidad, los problemas asociados a la sostenibilidad hacen que dicha trampa sea ya una peligrosa amenaza para la propia vida humana.

DE LA ECONOMÍA A LA METAECONOMÍA: EL VIAJE DE UN DISIDENTE

José Ángel Moreno (Economistas sin Fronteras)

Aunque a algunos nos parezca no poco lastimoso, me temo que José Luis Sampedro es un economista considerablemente olvidado por los economistas españoles. Y sin embargo, pocos economistas (si es que alguno) han alcanzado mayor celebridad en nuestro país entre el gran público. Quizás parezca paradójico, pero resulta explicable. Tanto su obra como él mismo fueron, desde hace mucho (aceleradamente desde finales de la década de 1970) alejándose de los cauces convencionales de la Economía oficial y acercándose crecientemente a la realidad de la gente normal. Al tiempo que se fortalecían su vertiente y su pasión literarias, Sampedro iba dejando poco a poco de ser un brillante economista académico, para convertirse ante todo en un pensador de preocupaciones múltiples y con un discurso progresivamente menos técnico. Un erudito de incuestionable formación económica, pero que cada día quería ejercer menos de economista profesional, para officiar en las funciones que verdaderamente le interesaban: de fascinante ensayista, de divulgador subyugante, de arrebatador conferenciante de espacios alternativos (institutos, asociaciones de barrio, centros culturales...). Ahí estribó la clave de su éxito popular: en ser para mucha gente un espécimen poco común; un prestigioso catedrático de Economía que hablaba -y maravillosamente- no sólo de economía, sino de muchas otras cuestiones; entre otras, de algo tan razonable como que lo económico no debería ser lo más importante de la vida. Y que además sabía hacerlo de forma extraordinariamente inteligible, sensata e incluso divertida.

Un humanista, en este sentido, integral, de apabullante cultura y de primerísima línea. Y, por otra parte, sin pelos en la lengua frente a la realidad de su tiempo (y a veces en contextos nada fáciles), pero dotado de tanta simpatía, tanta cordialidad y tanto sentido del humor que consiguió frecuentemente ser tolerado por sectores nada condescendientes con ideas heterodoxas. Quizás esa capacidad de empatía fue uno de los mayores prodigios de quien fue, sin duda, un portentoso mago de la palabra y de la seducción.

Como también apuntan otros artículos de este dossier, se trata de una trayectoria en absoluto ocasional, sino buscada con premeditación, con ahínco firme y con enorme constancia, asumiendo por ella, con plena consciencia (y con felicidad), un precio considerable,

a sabiendas de que ese precio era el ineludible pago de quien aspira a vivir la vida que desea y a buscar las verdades que le acucian. El precio de un viaje intelectual y vital de quien se consideró a sí mismo un disidente.

Un viaje que -como el propio Sampedro señalara- comenzó muy pronto¹, a finales de los años 40, en sus primeros pasos como profesor encargado de curso de Estructura e Instituciones Económicas en la vieja Facultad de Ciencias Económicas, Políticas y Comerciales de la -entonces única- Universidad de Madrid, cuando empezó a desconfiar de las hipótesis básicas en que se fundamenta la Teoría Económica convencional: lo que él llamó “los mitos de la teoría” (soberanía del consumidor, individualismo extremo y racionalidad económica absoluta de los agentes económicos, competencia perfecta, retribución según la productividad marginal...). Una desconfianza que fue convenciéndole paulatinamente de la inanidad de una pretendida ciencia social que obviaba de forma radical la determinante omnipresencia del elemento para él esencial en la actividad económica: las relaciones de poder. Una variable que se convertiría en vector esencial de su concepción de la economía y en condicionante crucial de algunos de los fenómenos específicos a los que más atención dedicó años después (muy especialmente, el desarrollo², la inflación³ y el mercado⁴).

Es, en buena medida, esta desconfianza la que le reveló la necesidad de una forma diferente de observar, analizar y comprender la realidad económica. Una perspectiva diferente que, a partir de su atención inicial al campo del análisis espacial y regional y de sus estudios sobre la relación de la economía española con la Comunidad Económica Europea, se materializó en su teorización del análisis estructural, muy clara ya a mediados de los años 50 del siglo pasado⁵ y firmemente consolidada a finales de esa década⁶. La línea

1 J. L. Sampedro, “De cómo dejé de ser Homo oeconomicus”, en V.V.A.A., *Ciencia social y análisis económico: estudios en homenaje al profesor Valentín Andrés Álvarez*, Tecnos, Madrid, 1978, y “Aprendizajes de un metaeconomista”, en V.V.A.A., *Homenaje al profesor Sampedro. Ciclo de conferencias*, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987

2 J. L. Sampedro, *Conciencia del subdesarrollo*, Salvat Editores-Alianza Editorial, Estella, 1972.

3 J. L. Sampedro, *La inflación en versión completa*, Planeta-Editora Nacional, Barcelona, 1976.

4 J. L. Sampedro, *El mercado y la globalización*, Destino, Barcelona, 2002.

5 J. L. Sampedro, *Modernidad y tradición de la Estructura Económica*, *Revista de Economía Política*, mayo-agosto de 1955.

de reflexión que constituye la plasmación evidente de su ruptura con la Ciencia Económica convencional y, sin duda, su mayor aportación metodológica (y de la que dan cumplida cuenta otros artículos de este dossier). Es una senda en la que profundiza a lo largo de la década siguiente, fortaleciendo su percepción con sensibilidades contemporáneas próximas (sobre todo francesas y latinoamericanas) y con las más sólidas corrientes críticas de la historia del pensamiento económico (Marx, el historicismo alemán, el institucionalismo norteamericano...), culminando su visión en un manual fundamental en la enseñanza en España de la Economía y que ha sido para muchas generaciones de aprendices de economistas de este país la refrescante ventana que permitía intuir que había otra forma de entender la economía⁷.

Se trata de una visión que aplicaría Sampedro al análisis de las tendencias que dominan en la evolución de la economía mundial (muy especialmente en un delicioso ensayo de insólita difusión para el momento⁸) y, sobre todo, al estudio del desarrollo y del subdesarrollo. Un campo, este último, que habría de ser el caldo de cultivo en el que se consolidaría prioritariamente andando el tiempo el alejamiento de Sampedro del simple oficio de economista.

Primero, porque advierte la importancia nuclear de los factores sociales y políticos en el mantenimiento y aún en la generación del subdesarrollo, cada vez más claramente percibido por él como un subproducto inevitable del modelo de desarrollo dominante, que tiene su raíz en la dependencia estructural de los países pobres. Una dependencia que, en el marco de su concepción del poder como variable imprescindible, llega a entender Sampedro como elemento explicativo básico de toda actividad económica, en la convicción "... de que sólo una teoría de la dependencia generalizada -es decir, una aceptación del poder como variable económica fundamental- nos permitirá explicar mucho mejor la realidad económica al mostrárnosla como es: como una articulación de dependencias diversas y encadenadas en una interdependencia estructural"⁹.

Pero también porque llega a la conclusión de que para comprender el subdesarrollo no basta con incorporar sólo variables sociales y políticas. Sin minusvalorarlas en modo alguno, pensaba que el problema tiene raíces más hondas, que remiten al propio concepto de desarrollo y al modelo de desarrollo dominante. Porque es ese mismo modelo el que genera inevitablemente subdesarrollo, y no sólo en los países pobres.

En éstos produce subdesarrollo material, porque este modelo de desarrollo es un modelo indefectiblemente desigual, que produce desigualdad y pobreza relativa (y muchas veces, también absoluta). Pero también en los países formalmente "desarrollados" el desarrollo genera subdesarrollo: un subdesarrollo de otro tipo, eminentemente cultural, que deriva del sesgo brutalmente material que le caracteriza y en que se fundamenta. Porque es un desarrollo que sólo aspira al crecimiento económico y que, en esa medida, prioriza desequilibradamente "... un aspecto parcial del vivir, como es el económico"¹⁰, pero a costa de otras vertientes esenciales, como el entorno natural y la dimensión interior del ser humano.

Es esta percepción, plenamente formalizada a comienzos de los años 80¹¹, la que le induce a centrar crecientemente su atención en esta distorsión materialista del desarrollo y del propio sentido de la vida. Una distorsión producida por una civilización enferma, desequilibrada, que ha ido confundiendo trágicamente las finalidades esenciales de la vida a lo largo de un dilatado y cada vez más intenso proceso de enajenación¹². Un proceso en el que la corriente principal de la Ciencia Económica ha desempeñado crecientemente una función de ideología justificadora del orden dominante, racionalizando la persecución del crecimiento económico como su finalidad absoluta, confundiendo nivel de vida con nivel económico y bienestar con nivel de consumo y olvidando (y contribuyendo a hacer olvidar) que el verdadero desarrollo debe entenderse como un continuo "perfeccionamiento del hombre"¹³, y no como un crecimiento material indefinido que sólo tiene como objetivo la multiplicación de mercancías. Algo que obsesiona a Sampedro (en momentos en que esta preocupación estaba mucho menos extendida que en la actualidad) y que llega a parecerle "el problema fundamental de nuestro mundo"¹⁴, en la medida en que ha llegado a convertirse en un fenómeno claramente patológico, en un auténtico

6 J. L. Sampedro, *Realidad económica y análisis estructural*, Aguilar, 1959, Madrid.

7 J. L. Sampedro y R. Martínez Cortiña, *Estructura Económica. Teoría básica y estructura mundial*, Ariel, 1969, Barcelona.

8 J. L. Sampedro, *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, Guadarrama, Madrid, 1967.

9 J. L. Sampedro, "La teoría de la dependencia y el desarrollo regional", *Estudios Regionales*, enero-junio, 1978.

10 J. L. Sampedro, "El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial", *Desarrollo*, Madrid, 1982. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

11 Aunque lo esencial estaba ya en *Conciencia del subdesarrollo*, op. cit., Sampedro explicita estas ideas fundamentalmente en cuatro artículos: "Desarrollo económico", en R. Martínez Cortiña (dir.), *Economía Planeta. Diccionario Enciclopédico*, vol. 3, Planeta, Barcelona, 1980; "La crisis del desarrollo y el medio ambiente", en VV.AA. *Economía y medio ambiente*, Madrid, 1982; "El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial", 1982, op. cit.; "Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo", *El Trimestre Económico*, julio-septiembre de 1983.

12 Que para Sampedro comienza con el Renacimiento y su concepción del mundo como "un objeto explotable".

13 J. L. Sampedro, "La crisis del desarrollo y el medio ambiente", op. cit.

14 J. L. Sampedro, "El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial", op. cit.

“cáncer social”.

De esta forma -reiterará frecuentemente desde entonces-, el estilo de desarrollo dominante y el crecimiento económico en el que se basa y al que aspira por encima de cualquier otra meta han incrementado, sin duda, los niveles de bienestar material, pero de forma muy desigual y no mayoritariamente y, además y sobre todo, a costa de tres grandes empobrecimientos:

- En primer lugar, de los pueblos y colectivos más desfavorecidos, generando una desigualdad y una pobreza tendencialmente en aumento. Por eso, sostendrá, el subdesarrollo es un producto inevitable de nuestro modelo de desarrollo: una excrecencia ineludible que, en consecuencia, es ingenuo pensar que pueda superarse con más crecimiento, porque es precisamente el crecimiento el que la produce.

- En segundo lugar, de la naturaleza, provocando un deterioro progresivo del medio ambiente y el agotamiento (o al menos, la reducción cada vez más rápida) de los recursos naturales, la destrucción del capital natural del planeta y la base en que se fundamenta la vida.

- Finalmente, y aunque pueda resultar menos evidente, el empobrecimiento también -como antes apuntaba- de la propia naturaleza humana, de su dimensión axiológica y espiritual, materializada en un vacío interior, en una pérdida de sentido, en una alienación e incluso en una deshumanización crecientes: en “la degradación innegable de la vida interior de los hombres”¹⁵.

Son empobrecimientos que comportan contradicciones crecientes y límites cada vez más cercanos para el modelo de desarrollo: en primer lugar, conflictos sociales y políticos, que responden en última instancia a la desigualdad y a la pobreza que el modelo provoca y que -intuía desde largo tiempo atrás Sampedro- iban a ser cada vez más inmanejables, afectando grave e ineludiblemente a los países ricos; por otra parte, límites estrictamente físicos, que suponen probablemente el condicionante más patente; y también límites interiores, concretados en la tensión y perturbación psíquicas y psicopatías consiguientes que producen el deterioro espiritual y moral mencionados y la falta de autonomía personal que cada día más acusadamente provoca el estilo de vida generalizado, derivados de la creciente mercantilización que impone.

Se trata de límites frente a los que no creía que la

ciencia por sí sola pudiera ofrecer alternativas sostenibles, porque en buena medida están provocados por la confianza desmedida en ella, y que comportan impedimentos severos no sólo para el modelo de desarrollo dominante, sino para el crecimiento permanente, como el pensamiento ecologista viene advirtiéndolo con creciente fundamentación científica desde comienzos de la década de 1970. E incluso también -pensaba Sampedro- para el propio concepto de desarrollo y para la forma de vida en que el crecimiento se sustenta y que lo hace imprescindible. Por eso, creía, para superar esas contradicciones y esos límites haría falta un replanteamiento rotundo no sólo del modelo económico, sino también del modelo de vida: un cambio cultural y axiológico radical, un drástico cambio de valores, una forma diferente de pensar y de vivir. Es una idea en la que insiste reiteradamente desde comienzos de la década de 1970 y que le va absorbiendo a medida que envejece: no podremos encontrar solución para los problemas económicos, sociales, políticos y ambientales de nuestro mundo ni tampoco camino para la paz interior y para el desarrollo personal pleno si, como decía su admirado Antonio Machado, no somos capaces de cambiar de dioses¹⁶.

Límites, en ese sentido, que constituyen las señales crecientemente nítidas de un agotamiento general del modo de vida preexistente: indicadores de lo que Sampedro consideraba una crisis histórica o de civilización. Si bien sus primeras reflexiones sobre este tema surgieron a raíz de la muy grave crisis de los 70, Sampedro no se refería con ello a este episodio puntual, que interpretó siempre como una de las manifestaciones de un fenómeno mucho más amplio y trascendental: la imparable tendencia a una “ruptura estructural” en el conjunto del sistema (economía, marco institucional y político, relaciones sociales, base natural, cultura y valores) que ha venido vertebrando y modelando la sociedad, de forma cada vez más generalizada, a lo largo de los últimos siglos. La crisis de la civilización “occidentalista”, como la adjetivara Fernández Buey en un artículo¹⁷ en el que reconocía la visión anticipatoria de Sampedro: una crisis que inevitablemente obligará a repensar sobre bases diferentes el futuro de la humanidad.

En esa tarea de replanteamiento general, pensaba Sampedro que sería muy especialmente necesario combatir la que consideraba una de las patologías fun-

15 J. L. Sampedro, “La crisis del desarrollo y el medio ambiente”, op. cit.

16 “Los hombres han comprendido siempre que sin un cambio de dioses todo continúa aproximadamente como estaba”, A. Machado, Juan de Mairena, Espasa Calpe, Madrid, 1936, Cátedra, Madrid, 1998.

17 F. Fernández Buey, “Crisis de civilización”, Papeles de relaciones ecosociales y cambio social, FUHEM, nº 105, primavera de 2009.

damentales de nuestra civilización: su carácter fáustico, ensoberbecido, su confianza ciega en el poder de la técnica, mientras rechaza cada vez más la sabiduría (lo que tantas veces calificó de “hipertrofia de medios con atrofia de fines”¹⁸ y de “tecnobarbarie”¹⁹), su prioridad absoluta por el tener en perjuicio del ser²⁰, su obsesión angustiada con crecer, su olvido del sentido de los límites. Un olvido trágico, porque -como frecuentemente recordaba Sampedro que enseñó la Grecia clásica- conduce a la pérdida del equilibrio, del horizonte vital y de principios que no pueden ser transgredidos sin consecuencias irreparables: razón, pensaba, por la que “hoy no se considera sagrada la naturaleza y por eso estamos matando nuestro propio mundo. Ni se considera sagrada la persona, degradada por el sistema a la condición de mercancía o mercader”²¹.

Por eso le parecía tan importante recuperar una virtud malsonante hoy por el uso torticero que de ella han hecho las élites políticas y económicas: la austeridad (es decir, la sobriedad, la frugalidad, la moderación, la medida, la templanza...). Una virtud en su opinión imprescindible para la superación de la ansiedad personal obsesionada enfermizamente con consumir y tener cada día más, pero también de la no menos enfermiza ansiedad social por crecer económicamente de forma permanente (única forma de sostener esa forma de vida). Algo que se convertiría en uno de sus más sentidos anhelos íntimos de sus últimos años: “... vivir con más simplicidad, con lo esencial”²².

Desde esta perspectiva, pensaba que la austeridad debería convertirse en el eje de un nuevo modelo de desarrollo y de vida, que necesariamente debería ser más equilibrado a nivel internacional, más consciente de los límites naturales y más repetitivo de las necesidades interiores del ser humano y hacia el que sólo se podrá avanzar dedicando una atención preferente al frente cultural, porque es en él “...donde tiene que librarse la batalla para generalizar la toma de conciencia y la actitud de rechazo hacia el sistema”²³. Todo en una dirección lúcidamente precursora de las teorías más recientes sobre desarrollo alternativo, postdesarrollo y decrecimiento: un decrecimiento que apunta en varios de sus escritos de la década de 1980 y por el que parece decantarse -aunque ciertamente sin ahondar en sus características ni en su cuestionable fundamentación- en sus años finales²⁴, en la convicción de la imposibilidad de un crecimiento material ilimitado en mundo físicamente limitado (una idea que, frente a los pretendidos realistas, constituía para Sampedro el paradigma de lo utópico).

Pero Sampedro no era un ingenuo. Nunca olvidó que ese modelo de vida y ese modelo de desarrollo no se han consolidado en el vacío ni son el fruto de la casualidad histórica: son el producto de un sistema social que los genera e incentiva inexorablemente. Es decir, producto de lo que él llamaba civilización industrial y, en última instancia, fenómenos congénitos con el capitalismo, como insistiera Beiras en su lectura de Sampedro²⁵. Ese sistema -escribió- que “... contempla el mundo como su propiedad, como un objeto explotable”²⁶ y que es “el gran corruptor”, porque todo lo convierte en mercancía (“...la fragancia de la rosa, el filo de la espada, la magia de la sonata, el paladeo del pan no son para el sistema sino lo que se paga por ello”²⁷). Un sistema tan enloquecido y necio que -recordando un verso de Machado que gustaba de citar- “confunde valor con precio”²⁸.

En este sentido, las contradicciones y los límites del crecimiento, del modelo de desarrollo y del estilo de vida reflejan, para Sampedro, contradicciones y límites del propio sistema capitalista, porque es un sistema que necesita esa pulsión constante al crecimiento, sin el que difícilmente podría sobrevivir, porque no podría mantenerse el esquema de continuo crecimiento del beneficio de los grandes poderes económicos que lo sustentan. Desde esa perspectiva, fue plenamente consciente de que esos poderes se opondrían siempre a cualquier cambio en la dirección que él propugnaba; y que, en esa medida, la transformación cultural que defendía era, también, un problema en buena medida político. Un problema tanto más arduo cuánto más despliega el sistema su potencial expansivo, que inevitablemente -pensaba Sampedro- comporta un aumento de la injusticia general y un acercamiento suicida a los límites, como refleja lo que consideraba su último salto cualitativo, la globalización: un fenómeno que, en su opinión, constituye una sofisticada estrategia de dominación de los grandes intereses económicos, de efectos profundamente perniciosos (en lo social, en lo

18 J. L. Sampedro, “Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo”, op. cit.

19 J. L. Sampedro y C. Taibo, *Conversaciones sobre política, mercado y convivencia*, Catarata, Madrid, 2006 (5ª edición ampliada, 2011).

20 Referencia a una obra de E. Fromm (*¿Tener o ser?*, Fondo de Cultura Económica, México y Madrid, 1978), autor al que Sampedro citó con frecuencia.

21 J. L. Sampedro, *La vida perenne*, Plaza y Janés, Barcelona, 2015. Sobre esta idea, también J. L. Sampedro, “Desde la frontera”, en *Fronteras*, Aguilar, Madrid, 1995.

22 *Ibidem*.

23 J. L. Sampedro, “Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo”, op. cit.

24 Explícitamente en J. L. Sampedro y C. Taibo, *Conversaciones sobre política, mercado y convivencia*, op. cit.

25 X. M. Beiras, “La teoría estructural de José Luis Sampedro”, en *VV.AA. Homenaje al profesor Sampedro*, op. cit. No obstante, Sampedro insistió en que también han padecido la obsesión productivista las sociedades de socialismo centralizado de estilo soviético.

26 J. L. Sampedro, “El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial”, op. cit.

27 J. L. Sampedro, “De cómo dejé de ser Homo oeconomicus”, op. cit.

28 “Todo necio confunde valor con precio”. A. Machado, “Proverbios y cantares”, *LXVIII, Nuevas canciones*, Madrid, 1924. Recogido en *Poesías completas*, Espasa, Madrid, 1999.

político y en lo ambiental) y frente al que se solidarizó plenamente con las organizaciones antiglobalizadoras o altermundialistas, en las que veía un imprescindible “... movimiento político contra la usurpante supremacía de lo económico y una reivindicación de ... la democracia efectiva”²⁹.

A este respecto, aunque no profundizó nunca en ello y aunque nunca tampoco cerró la posibilidad de una evolución progresiva³⁰, la creencia en la necesidad de un cambio político radical (que no súbito ni violento y que, al menos desde la década de 1970, pensó que debería orientarse hacia alguna forma de socialismo democrático) fue intensificándose en él con los años (“cuanto más viejo, más radical”, diría)³¹. En todo caso, nunca dejó de pensar en la prioridad del cambio cultural y en la necesidad de que el proyecto de cambio fuese un proyecto esencialmente pedagógico, aunque tampoco dejó de constatar que ese proyecto requeriría de cambios previos en las esferas institucional y política que lo posibilitaran. Pero aunque los intereses de los poderosos y la miopía general no permitieran abrir cauces a los cambios, pensaba que nuestro mundo no dejará de experimentar transformaciones sustanciales como resultado de la crisis de civilización por la que transita: bien por el propio caos que provocará la extenuación de la base natural del planeta, bien por la imposibilidad de los más desfavorecidos de seguir soportando su situación. Una confianza trágica, en este último caso, que le llevaba a decir -tomando de nuevo palabras de Erich Fromm- que “cada vez tengo más razones para el pesimismo, pero más motivos para la esperanza”³².

Son éstas algunas de las cuestiones que fueron absorbiendo de forma creciente la atención de José Luis Sampedro en su madurez. Cuestiones que en buena medida trascienden a la economía y para cuyo adecuado afrontamiento pensaba que la vertiente dominante de la Ciencia Económica -fundamentalmente la de raíz neoclásica, pero también, aunque en menor medida, la keynesiana-, no aporta elementos suficientes ni las toma seriamente en consideración. Antes al contrario, consideraba que viene desempeñando cada vez más claramente una función legitimadora del orden dominante. Es por esta dejación de lo que Sampedro consideró siempre la misión esencial de esta pretendida ciencia por lo que consideraba que era necesario no sólo abordar la economía desde perspectivas diferentes, sino trascenderla.

A ello responde su planteamiento de los tres niveles de la Economía³³: el técnico (esencialmente operati-

vo, que trabaja con variables monetarias y en el corto plazo), el social (que introduce variables sociales y políticas y que pretende un análisis estructural de la realidad) y el cultural (que se preocupa también por el mundo de los valores, las creencias y las verdades simbólicas). Son niveles interdependientes, que no se excluyen, pero a los que corresponden diferentes tipos de economistas (que denominó “economistas financieros”, “economistas políticos” y “metaeconomistas”). Siempre, pensaba, hay que trabajar en los tres niveles: precisamente, buena parte de los errores principales de la Economía dominante radica en intentar resolver problemas de los dos últimos niveles con los métodos e instrumentos del primero, obviando variables imprescindibles para entender cabalmente la naturaleza de los problemas de esos niveles. En todo caso, creía Sampedro que el nivel cultural resultaba particularmente imprescindible en momentos como los actuales de crisis integral, de civilización, caracterizada por la inestabilidad general: no sólo de la estructura social y del marco político e institucional, sino también de los valores. Momentos -como ya se ha apuntado- frente a los que se necesitan no sólo nuevos modelos de desarrollo y de economía, sino de cultura y de vida, frente a los que impone la racionalidad economicista. Momentos, diría, en los que es necesario levantar “una construcción interpretativa del mundo” diferente a la dominante y en los que, por ello, se hace en primer lugar urgente una labor básica de “descolonización cultural”³⁴ que permita superar las contradicciones y los límites de la civilización industrial.

Naturalmente, ese tercer nivel es en el que Sampedro quiso situarse y hacia el que quiso avanzar a lo largo de ese dilatado viaje en que consistió su trayectoria intelectual y vital. El viaje que le llevó “del cultivo de la ciencia al anhelo de sabiduría”³⁵. El viaje, en este sentido, desde el mundo de la Economía oficial y académica -en el que seguramente habría podido disfrutar de cuantas prebendas hubiera querido- hasta el más etéreo y mucho menos retribuido mundo de la Metaeconomía: ese amplio mundo de quien, sin olvi-

29 J. L. Sampedro, *El mercado y la globalización*, op. cit.

30 Particularmente en *Las fuerzas económicas de nuestro tiempo*, cuya hipótesis básica es la convergencia paulatina entre capitalismo y socialismo.

31 Esa evolución es muy evidente en sus últimas obras, dirigidas a un público amplio, particularmente en la citada *El mercado y la globalización*; en J. L. Sampedro y C. Taibo, *Conversaciones sobre política, mercado y convivencia*, op. cit. (donde se recoge la frase citada); en el prólogo que escribió para el libro de S. Hessel, *¡Indignaos!*, Destino, Barcelona, 2011, y en el artículo “Debajo de la alfombra”, en el libro colectivo *Reacciona*, Aguilar, Madrid, 2011; así como en su mensaje a los concentrados del 15-M en Madrid (<https://www.youtube.com/watch?v=yyOp8IRxg00>).

32 J. L. Sampedro, “El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial”, op. cit.

33 Expuestos en varios lugares, pero particularmente en “El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial” y, sobre todo, en “Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo”.

34 J. L. Sampedro, “El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial”, op. cit.

35 J. L. Sampedro, “Aprendizajes de un metaeconomista”, op. cit.

darse de la economía, se preocupa por lo que está más allá de ella, por lo que la trasciende. Un mundo en el que inevitablemente se pierden posibilidades materiales de todo tipo y probablemente también prestigio académico, en cuanto que quien quiera desenvolverse en él tiene que prescindir de la elegancia formal y del pretendido rigor de los otros niveles de la Economía: ese rigor, decía, frente al que muchas veces los economistas (sobre todo los del primer nivel) olvidan la realidad de la vida, confundiénolo con el mucho más definitivo rigor mortis.

Pero era ése el mundo que quería: su mundo. El único, pensaba, donde, aunque disminuya la precisión, se puede atisbar la raíz de los profundos problemas que aquejan a la humanidad en este tiempo nuestro de perturbaciones, transformaciones y desmoronamientos generales. Problemas, insistía, que no son sólo ni principalmente económicos y frente a los que no se puede encontrar remedio sólo en la limitada esfera de la economía.

Es éste el viaje que -pertrechado de una exuberante cultura y un lenguaje de brillante sencillez- le fue alejando en buena medida de los economistas académicos y profesionales y el que le fue, por ventura, acercando a la gente normal. Un viaje para el que José Luis Sampedro utilizó en más de una ocasión una parábola que me parece la mejor forma de terminar este pobre texto, que sólo pretende ser un modesto recordatorio de ese disidente sabio que ha sido mucho más que un economista ejemplar:

“En efecto, la incipiente teoría del economista disidente podría compararse a un viejo carromato, compuesto de piezas heterogéneas y arrastrado por un jamelgo, cuyo científico ocupante ha de pararse en un paso a nivel. Allí mismo, ante él, se detiene un lujoso tren con todos los perfeccionamientos técnicos -como las teorías convencionales-, desde la máxima velocidad hasta el aire acondicionado y todos los refinamientos. Desde sus ventanillas, famosos economistas incitan a su pobre colega a subir al vagón y ponerse a disfrutar de todas las ventajas para vivir e investigar, desde el prestigio oficial hasta las facilidades de bibliotecas y demás medios. Pero el invitado mueve la cabeza y contesta:

- No puedo acompañaros. Seguíis unos carriles que os llevan hacia el norte de vuestra vieja brújula y cada kilómetro adelante os acerca a chocar con vuestros límites. Yo, en cambio, camino hacia la vida del sur, hacia el nuevo desarrollo, y aunque vaya paso a paso, mis progresos resultan positivos. Iré despacio,

*pero en la buena dirección: en la del cambio histórico y el progreso hacia una cultura que no nos degrade, como la vuestra, que prefiere el desarrollo de las cosas al desarrollo del hombre mismo”*³⁶.

³⁶ Con ligeras modificaciones, Sampedro reprodujo esta pequeña parábola en varias ocasiones. La presente versión ha sido recogida de “El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial”, op. cit.

LOS AMANECERES LITERARIOS DE JOSÉ LUIS SAMPEDRO

Marla Zárate (Georgetown University)

José Luis Sampedro, hijo de médico militar, nació en 1917 en Barcelona pero su familia no era de origen catalán. Su madre había nacido en Argelia, hija de un español emigrado y de una madre procedente de la Suiza italiana, y su padre en Cuba. Se conocieron y se casaron en Melilla. Tras un corto destino en Barcelona, cuando José Luis apenas contaba un año y medio, se trasladaron a Tánger. Esas raíces internacionales fueron el germen de su tolerancia porque Tánger era en aquella época una ciudad con estatuto internacional y una población de marroquíes nativos y muchas gentes de otras nacionalidades, además de la española predominante, pertenecientes a diversas religiones: musulmanes, judíos y cristianos. Con apenas tres años empezó a asistir a un colegio católico, de franciscanos, el Sagrado Corazón, pero sin duda tuvo una fuerte impronta en su sensibilidad infantil aquella convivencia de culturas impregnada de aromas mediterráneos, de las especias flotando en el aire, de la luz que engendró lo que el argelino Albert Camus, que a él tanto le gustaba, llamó el *Pensamiento del Mediodía*. El océano fue para el Sampedro niño una presencia viva que nunca le abandonaría e inspiró tardíamente una colección de cuentos titulada *Mar al fondo*. Y la mezcla del Occidente y la sensualidad oriental ocupa un espacio casi tangible no solo en los ambientes y personajes de muchas de sus novelas, en especial *La vieja sirena*, sino también en un modo de plantarse en la existencia que él calificaba muy positivamente como “afuerino”; es decir, alguien que pertenece a un ámbito desde su margen, desde las afueras, y por eso lo contempla a cierta distancia crítica que le permite captar el bosque entero y no solo la corteza de los árboles cercanos. José Luis Sampedro creció en esa amplitud que le acabaría haciendo grande.

A los ocho años sus padres lo enviaron a vivir con unos tíos a un pueblecito de Soria, un contraste abrumador y solitario, del que en gran medida se liberó gracias a las primeras lecturas literarias. Al año siguiente ingresó como interno en un colegio jesuita de Zaragoza donde sintió una temprana vocación religiosa, pronto disipada al final del curso y tras la muerte de su tío, de vuelta en la casa paterna. Aquellas intensas experiencias arrojarían resultados también palpables en su literatura: el mundo rural y la naturaleza castellana, la rígida estructura social y la soledad de aquel tiempo se plasman en muchas de sus páginas

—de manera clara, por ejemplo, en el emotivo cuento escrito en los años cuarenta titulado *Gregorio Martín*, un mozo de aldea soriana que se adentra en el bosque para morir a solas aquejado por la tuberculosis porque el entramado comarcal no le ofrece salidas—. De igual modo aquella inclinación religiosa se expandió y sublimó en un gusto adulto por la mística, San Juan o Santa Teresa, pero también los sufíes y otros poetas espirituales, que aflora en el permanente deseo, casi necesidad, sobre todo de los personajes masculinos, de ahondar en sí mismos para hallarse.

La familia nuevamente se mudó, convertido él en un mozalbete de trece años, a Aranjuez. Los jardines y los palacios, las aguas fluviales y el campo permanecieron en su retina de escritor hasta trasladarse décadas más tarde a las páginas de *El río que nos lleva*, que narra la vida de los arriesgados y hábiles ganaderos conduciendo los troncos sobre sus lomos desde el Alto Tajo hasta Aranjuez. Todavía regresaría literariamente una vez más situando esta villa como telón de fondo en otra novela, *Real Sitio*, que relata en un doblete histórico la vida cortesana del rey Carlos IV junto al periodo previo a la proclamación de la Segunda República. En realidad, aquel joven escritor en ciernes no hizo como tal su aparición hasta mucho después de conseguir aprobar en 1933, tras un desmesurado esfuerzo, las oposiciones a la Escuela Oficial de Aduanas y convertirse en poco más que un adolescente independizado con empleo y salario. Fue en su puesto en Santander, allá por 1936, cuando empezó lo que él llamaba sus “palotes” literarios, en una revista titulada *Uno* porque él mismo la confeccionaba, portada, dibujos, artículos y cuentos, lleno de inquietud por el ambiente político y sus propias aspiraciones intelectuales. Su intención era, respaldado por aquella exitosa y temprana seguridad económica obtenida, estudiar Filosofía y Letras y dedicarse seriamente a la escritura, pero la guerra civil dio al traste con todos los planes.

Quienes le conocieron ya como escritor insigne y economista prestigioso de ideología tan progresista y anti-sistema mercantil, difícilmente creerán que fue un joven burgués y conservador que veía el socialismo como anarquía, porque así se lo habían enseñado, y que, a pesar de ser movilizado por los republicanos y formar parte de sus filas al principio, quería que

ganase Franco y esperaba con anticipación la justicia para todos que se emanaba de las lecturas de José Antonio Primo de Rivera. Aunque conoció a los milicianos anarquistas y llevándose bien con ellos comenzó a comprender su perspectiva, apenas un par de meses después hizo lo posible por escabullirse de ese bando y unirse a las tropas fascistas que entraron en la ciudad. Su padre consiguió que lo destinaran a Melilla pero él se sentía en el deber de luchar y finalmente se incorporó al frente en la ofensiva sobre Cataluña. Pronto se le abrieron los ojos ante los desmanes destructivos de la contienda y luego en Guadalajara y en Cuenca, donde conoció campesinos y el otro lado real contrapuesto a su ideario falangista. A finales de 1940 llegó a Madrid donde se hizo amigo de Angel Pellicer, con cuya hermana, Isabel, se casaría en 1944. La familia Pellicer fue asimismo un eslabón conducente a su espíritu crítico del régimen. Por aquel entonces trabajaba en el Ministerio de Hacienda y, por razones puramente logísticas, se matriculó en la nueva Facultad de Económicas de la Universidad de Madrid, a cuyas clases asistía por la tarde, para progresar, como cabeza de familia responsable, en su carrera de funcionario. Pero Sampedro era un hombre de una energía desbordante y compaginaba su profesión y sus estudios con su nunca abandonada y verdadera vocación de novelista. Se levantaba casi antes del alba, costumbre que prosiguió hasta su edad avanzada, y escribía en aquellas horas silenciosas, casi en penumbra, antes de las obligaciones y los compromisos. De aquellos años inmediatos tras la guerra salieron sus primeras novelas, no publicadas en la fecha, *La estatua de Adolfo Espejo* y *La sombra de los días* donde se agolpaban, no sin cierto pesimismo, sus experiencias y recuerdos.

Dotado de una multifacética inteligencia, obtuvo su licenciatura con Premio Extraordinario Fin de Carrera y pronto consiguió un puesto como Profesor Adjunto, a la vez que trabajaba en el Servicio de Estudios Económicos, creado por él, del Banco Exterior de España, y escribía su tesis. Cuesta imaginar que en medio de tantas actividades, aún pudiera sostener aquel empuje inicial volcándose en la ficción. Precisamente una reunión internacional a la que el Banco le envió fue la raíz de su primera novela publicada en 1952, Congreso en *Estocolmo*, donde surge ya con fuerza el Sampedro crítico de las represiones y de cualquier intransigencia, por completo enterrada aquella primera incursión política suya. En este relato se apuntan además elementos muy propios de su más alto estilo de madurez: la confluencia de las culturas, las notas islámicas y orientales y, sobre todo, el contrapunto de

los personajes masculinos —el hombre de acción, fuerte, instintivo, que Sampedro apreciaba no sin cierta dosis de envidia, frente al intelectual contemplativo, con el que claramente se identifica, que se afana en recogerse en sí mismo buscando un sentido profundo, auténtico, a su vida más allá de la razón que le dirige. Ese deseo de liberación, esa apertura al mundo, ese disfrute vital en su pureza hacia adentro y hacia afuera se convertiría en una constante de sus mejores obras. Curiosamente ambos tipos masculinos reaparecen opuestos en cada nuevo título, con el hombre mental que se empeña en el dolor y el gozo de su descubrimiento, mientras las mujeres protagonistas evolucionaron saltando de libro en libro hasta conseguir un acceso más inmediato y más certero, sirviendo incluso de iniciadoras y guías.

La impresionante altura de Sampedro, que no era solo física, le permitió llevar muchas empresas a buen puerto: era un profesor querido y admirado por sus alumnos, un experto en el campo de la Estructura Económica, un conferenciante culto y novedoso, un investigador científico que publicaba volúmenes de enjundia aunando la economía con los valores ético-sociales y políticos, porque nunca entendió el ámbito económico como meras interpretaciones de cifras y datos. Su perspectiva fue siempre abarcadora y de conjunto y, con el paso del tiempo, cada vez más del lado de los pobres y los necesitados, de los marginales y los rebeldes, eso sí, civil y respetuoso del otro, nunca violento ni en la forma ni en el contenido. No es de extrañar que sus publicaciones literarias se espaciaran bajo las exigencias de una profesión en la que sobresalía y que genuinamente le interesaba, pero sus madrugadas se desparramaban, lentas y constantes, sobre los folios, creando historias y ámbitos y seres irreales que cobraban vida en diferentes géneros: novelas y cuentos pero, además y prósperamente, aunque poco sabido por el dominio público, teatro. En 1950 ganó el Premio Calderón de la Barca para autores noveles, compartido con otros desconocidos dramaturgos, con *La paloma de cartón*, una farsa pacifista que no se representó hasta años posteriores en un escenario universitario. Y en 1955 publicó *Un sitio para vivir*, una comedia contra el desarrollo desmesurado de la tecnología, que también se puso sobre las tablas en teatro de cámara. Aunque recibió buenas críticas de autores afianzados como Buero Vallejo, Sampedro no se decantó por esta vía, que requería medios de producción, actores y el cultivo de relaciones en un ambiente nocturno tan contrario a su rutina de los amaneceres.

Sus logros fueron muchos y extensos pero no sin sa-

crificios. A finales de los sesenta, descontento con su empleo financiero en el Banco y aún más con las expulsiones de catedráticos, se marchó a Inglaterra como profesor visitante y también enseñó durante un tiempo en la Universidad Bryn Mawr de Estados Unidos. Con la excepción de *El caballo desnudo*, que escribió casi de un tirón en 1970, Sampedro era en su literatura minucioso y obsesivo. Llevaba ya entonces ocho años dando vueltas a un proyecto de novela que se le resistía a su ambición y de la que redactó cuatro versiones completando un largo periplo de diecinueve años de inmersión en lo que calificaba como “*novela-mundo*”, hasta ver la luz en 1981, la aclamada *Octubre, Octubre*. Fue en 1977, a sus sesenta años cumplidos, cuando por fin pudo arrojarse casi de pleno a ese ardor literario que los deberes de los oficios remunerados elegidos habían arrinconado y que respiraba ansioso solo en la brecha de las vacaciones y las primeras robadas horas del día. A los sesenta por fin Sampedro inició su personal liberación. Se había puesto esa edad como meta de vida, después de haber visto a tantos otros compañeros sucumbir en la guerra civil y en el difícil camino posterior, y más allá de ese límite auto-impuesto le parecía su supervivencia un lujo. Claro que naturalmente ese despegue hacia la libertad no se completó de inmediato. A la vez que se embarcaba en la cuarta y última versión de la novela volvía, eso sí, con un título único y sin tareas fijas, al Banco Exterior como Economista Asesor y además fue designado Senador por el rey Juan Carlos I en la etapa constitucional de la España de la transición.

Octubre, Octubre fue, en suma, la piedra angular de su literatura donde el rico y entramado complejo de los personajes revela un deseo inagotable de comprensión del mundo privado expuesto con bravura ante los lectores para que a su vez indaguen y ahonden en el suyo. Todos los individuos ficticios de este texto, incluso los femeninos, la fuerte y arriesgada Ágata, por ejemplo, recogen y exponen los escollos y las victorias vitales de Sampedro, pero en esta última etapa introdujo al autor-creador, Miguel, personaje él mismo y descubridor en una suerte de metanovela de la senda entrecruzada entre realidad y ficción, vida y muerte, masculino y femenino, opuestos solo aparentes. Esa fórmula intrincada, ese intento de penetrar, como a Sampedro le gustaba citar desde San Juan, “más adentro en la espesura”, se convertiría en el signo reconocible de su firma literaria, su estilo único, introspectivo, en ocasiones lento, plagado de descripción y de sensualidades.

Con *Octubre, Octubre* además Sampedro consiguió

el elogio de la crítica y el interés voraz, más querido para él, de los lectores. Fue el desvelamiento de su yo más profundo ante el público y ante sí mismo. Todavía escribió en sus últimos años de empleado como Vicepresidente de la Fundación Banco Exterior y antes de su jubilación formal, una novela llena de ternura, de personajes populares, que reflexiona sobre la vejez y la familia y los necesarios sinsabores del aprendizaje de la veracidad, *La sonrisa etrusca*. Quizá la más directamente autobiográfica de todas sus obras, le valió de inmediato la fama entre gentes menos ávidas de complejidad porque se trata de una historia no tan entramada, aunque del mismo internalizado recogimiento. Desde aquella barrera mortal de los sesenta con el vivir cumplido que se había trazado, hasta los noventa y cinco cuando en realidad murió, Sampedro desarrolló toda una obra literaria con marca propia, con sello distintivo y admirado: ingresó en la Real Academia de la Lengua Española, cuya membresía, entre los muchos honores que acumuló en su larga trayectoria intelectual, reconoció llenarle de orgullo, y por fin recibió el Premio Nacional de las Letras Españolas en el año 2011. Llegó tarde, pero llegó.

En las últimas casi tres décadas de su vida tras el abandono definitivo de los cargos profesionales, entre el elenco de los literatos españoles, nos regaló su propio universo conquistado. Después del fallecimiento de su mujer y una dolencia cardíaca, se embarcó en *La vieja sirena* que indaga en los poderes intrigantes, con la sabiduría del filósofo Krito, ambivalente, andrógino, y la sirena Glauka que le ama a él y a Ahram de manera unívoca en la dualidad. Parece de algún modo una versión de *Octubre, Octubre* aquí volcada en mayor medida al exterior, la vertiente sociológica de aquella espiral interna. Los planos históricos diversos se superponen mostrando confluencias, lo que se repite también en la obra siguiente, *Real Sitio*, aunque en un entorno distinto, el de su soñado Aranjuez. Los tres largos relatos forman una trilogía que Sampedro titulaba “Los círculos del tiempo”.

La balanza se inclinó en esta última parte de su vida al quehacer literario, pero el economista y el hombre de letras coexistieron siempre. A pesar de su aprecio por aquellos versos de Rilke que solía recitar, “Madrar queremos nosotros, / y eso es ser algo oscuro y esforzarse sin tregua”, que sin duda le alentaron en las innumerables auroras solitarias, se manejaba muy bien bajo las cámaras de la televisión y los focos de la popularidad, disfrutaba del contacto con los jóvenes en sus conferencias “a la carta” por los institutos de enseñanza media y se deleitaba en las ocasiones

en que podía ponerse al alcance de la opinión ajena, como en la Feria del Libro de Madrid.

Se sucedieron temas hasta cierto punto recurrentes: el grito anti-represivo de *El amante lesbiano*, que toca el asunto de la identidad de género y la defensa de la libertad sexual ya apuntada en el Estocolmo ficticio de su primera novela. O los paralelismos de edades anteriores con experiencias catastróficas actuales: *Los mongoles en Bagdad* traza similitudes entre el saqueo mongol de 1258 y la invasión de Irak. O las metáforas obvias de La senda del drago sobre el ocaso de nuestra civilización desde los ojos de Martín Vega en su travesía a bordo del buque imaginario *El Occidente* cruzándose con los navíos *Islam, India o China*, hasta arribar y hacerse resistente en su puesto de la isla de Tenerife, donde el propio Sampedro se alojó muy feliz durante algunos años.

Sus lecciones adquirieron formas diversas, en sus libros de economía humanista, en sus obras literarias y en sus charlas, concentrando toda su sabiduría vital de renacentista moderno, el hombre completo que José Luis Sampedro logró construir desde sí, para sí y para los demás, y que se resume simplemente en el título de la transcripción de sus últimas clases en la Universidad Menéndez Pelayo, *Escribir es vivir*. Y lo es de forma permanente porque la palabra nos queda y porque de la mano de su segunda mujer, Olga Lucas, aún nos enriquecemos de obras póstumas que nos lo dejan claro, *La vida perenne*. Poco antes del tránsito, en Sala de espera, Sampedro nos habló de cara ante la muerte, a la que aguardaba sin miedo, de sus “descreencias” -la existencia del alma, por ejemplo, tal como se nos enseña en la moral cristiana. Allí usa una metáfora del individuo: “la embarcación es el cuerpo, el timonel, la mente y la estrella el espíritu. No está en nosotros pero nos mueve y nos atrae como un imán, aunque más bien avanzamos empujados. Ese espíritu es la chispa de Energía Cósmica que nos da la vida y que nos mueve hacia delante en la evolución” (*Plaza&Janés, 2014, pág. 173*). Por mi parte pienso que esa chispa se aloja en cada cual y se aviva en el contacto con cada uno. Así, el hombre meditativo, esforzado que Sampedro fue, se ha ido, pero nos dejó su palabra escrita matutina para prenderse en materia estelar de todos sus lectores.

PARA SABER MÁS

OBRAS PRINCIPALES DE JOSÉ LUIS SAMPEDRO

A. NO FICCIÓN (primeras ediciones):

"El problema de las áreas económicamente deprimidas y su planteamiento actual en la Gran Bretaña", *Revista de Ciencia Aplicada*, Madrid, octubre de 1947. Recogido en J. L. Sampedro, *Economía humanista*, edición de C. Berzosa y O. Lucas, Debate, Madrid, 2009.

Principios prácticos de localización industrial, Aguilar, Madrid, 1953.

"Modernidad y tradición en la Estructura Económica", *Anales de Economía*, 1955. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

Efectos de la unidad económica europea (con colaboraciones de J. Chardonnet y M. A. Thiéry), *Estudios Económicos Españoles y Europeos*, Madrid, 1957.

"Le nouveau monde méditerranéen", *Occident*, París, mayo de 1958.

Realidad económica y análisis estructural, Aguilar, Madrid, 1959.

"Estadística y estructura económica", *Estadística Española*, nº 2, enero-marzo, 1959. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

El futuro europeo de España, *Estudios Económicos Españoles y Europeos*, Madrid, 1960.

"España en las corrientes económicas mundiales", conferencia impartida en *Círculo de Economía de Barcelona*, 18 de febrero, 1960. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

"España, su Plan de Desarrollo y el Mercado Común", conferencia impartida en *Círculo de Economía de Barcelona*, 26 de febrero, 1962. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

"Les problèmes posés à l'économie des pays méditerranéens par le développement de Marché Commun", en VV.AA., *Colloque International de Naples*, 1962, Mouton, París, 1963.

"Desarrollo económico y actitud política", *Revista de Occidente*, Madrid, VIII, 1963

"Entre el mercado y la planificación", *Revista de Occidente*, Madrid, XI-XII, 1963.

"Problemas sociales del desarrollo español", conferencia impartida en el *Círculo de Economía de Barcelona*, 18 de febrero, 1964. *Committee for Economic Development*, EEUU, sin lugar ni fecha.

"Las regiones españolas ante la asociación con Europa", conferencia impartida en el *Círculo de Economía de Barcelona*, 16 de noviembre, 1966. Recogido en *Economía humanista*, op. cit.

Perfiles económicos de las regiones españolas, sin datos, 1966.

Las regiones españolas ante la asociación con Europa (con R. Martínez Cortiña), *Sociedad de Estudios y Publicaciones*, Madrid, 1966.

PARA SABER MÁS

Las fuerzas económicas de nuestro tiempo, Guadarrama, Madrid, 1967.

"Le Plan de Développement espagnol dans son cadre social", en "L'Espagne a l'heure du développement, Révue Tiers Monde, París, X-XII, 1967. Recogido (en castellano) en Economía humanista, op. cit.

"La economía mundial en crisis", conferencia impartida en el Círculo de Economía de Barcelona, 18 de mayo, 1968. Recogido en Economía humanista, op. cit.

Estructura Económica (con R. Martínez Cortiña), Ariel, Barcelona, 1969.

Conciencia del subdesarrollo, Salvat, Barcelona, 1972. Reeditada y actualizada por C. Berzosa con el título Conciencia del subdesarrollo veinticinco años después, Taurus, Madrid, 1996.

Colaboración en A. M. de Lera, Diálogos sobre la violencia, Plaza y Janés, Barcelona, 1974.

"El fenómeno de la empresa multinacional", separata de la XXII Semana de Estudios de Derecho Financiero. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"En el umbral del siglo XXI", conferencia impartida en el Círculo de Economía de Barcelona, 28 de febrero, 1975. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Perspectivas de la economía", conferencia impartida en la Banca Mas Sardá, 26 de febrero, 1975. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Problemas estructurales del crecimiento", en VV.AA., Situación y perspectiva del crecimiento en Andalucía, Sevilla, 1978.

La inflación en versión completa, Planeta, Barcelona, 1976. Reeditada con el título de La inflación, prótesis del sistema, Montesinos, Barcelona, 1985, y posteriormente reeditada y actualizada por C. Berzosa con el título La inflación (al alcance de los ministros), Madrid, Debate, 2012.

"El desarrollo integral", en VV.AA., Calidad de vida y medio ambiente, Deusto, Bilbao, 1978.

"De cómo dejé de ser Homo oeconomicus", en VV.AA., Estudios en homenaje al profesor Valentín Andrés Álvarez, Tecnos, Madrid, 1978. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"La teoría de la dependencia y el desarrollo regional", Estudios Regionales, enero-junio, 1978. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"El problema del desarrollo en la crisis de los setenta", en VV.AA., Segunda Conferencia sobre integración y desarrollo desigual, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1980.

"Un modelo económico para la Comunidad Europea", Razón y Fe, mayo de 1980. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Estructura y cambio en la economía andaluza", conferencia impartida en Sevilla, diciembre de 1980. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Algunas ideas sobre la función de las actividades rurales en los países europeos", separata de Economía Marché, sin datos, 1981. Recogido en Economía humanista, op. cit.

PARA SABER MÁS

"La economía", en VV.AA. Los estudios de un joven de hoy, 1982. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"La crisis del desarrollo y el medio ambiente", separata del libro Economía y medio ambiente, sin datos, 1982. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"El desarrollo, dimensión patológica de la cultura industrial", Desarrollo, Madrid, 1982. Recogido en Economía humanista, op. cit.

El mercado y nosotros (texto de un cómic con dibujos de J. R. Ballesteros), Penthalon Ediciones, Madrid, 1982

"Triple nivel, doble estrategia y otro desarrollo", El Trimestre Económico, julio-septiembre de 1983. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"De la tecnoeconomía a la economía estructural", Estudios de Economía, Lisboa, 1984.

"La economía española a los veinticinco años del Plan de Estabilización", conferencia impartida en el Círculo de Economía de Barcelona, 13 de febrero, 1984. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Eso de la productividad", Cuadernos para el Diálogo, sin fecha. Recogido en Economía humanista, op. cit.

"Aprendizajes de un metaeconomista", en VV.AA., Homenaje al profesor Sampedro. Ciclo de conferencias, Fundación Banco Exterior, Madrid, 1987.

Desde la frontera, discurso de ingreso en la Real Academia Española de la Lengua, RAE, Madrid, 1991.

Fronteras, Aguilar, Madrid, 1995. Incluye "Desde la frontera" y "Monte Sinaí".

Gloria Palacios, José Luis Sampedro. La escritura necesaria (libro de conversaciones sobre su obra literaria), Siruela, Madrid, 1996.

"Una visión del subdesarrollo hace treinta años", Revista de Economía Mundial, 1999. Recogido en Economía humanista, op. cit.

El mercado y la globalización, Destino, Barcelona, 2002.

Los mongoles en Bagdad, Destino, Barcelona, 2003.

Escribir es vivir (sobre su obra literaria, en colaboración con O. Lucas), Plaza y Janés, Barcelona, 2005.

Conversaciones sobre política, mercado y convivencia (con C. Taibo), Catarata, Madrid, 2006 (5ª edición ampliada, 2011).

La ciencia y la vida, (conversaciones con Valentín Fuster ordenadas por O. Lucas), Plaza y Janés, Barcelona 2008.

Prólogo a S. Hessel, Indignaos, Destino, Barcelona, 2011.

PARA SABER MÁS

“Debajo de la alfombra”, VV.AA., Reacciona, Aguilar, Madrid, 2011.

La vida perenne (reflexiones), edición de O. Lucas, Plaza y Janés, Barcelona, 2015.

B. FICCIÓN (primeras ediciones):

La paloma de cartón (teatro; Premio Nacional Calderón de la Barca), 1950.

Congreso en Estocolmo (novela), Aguilar, Madrid, 1952.

Un sitio para vivir (teatro), 1955.

El río que nos lleva (novela), Aguilar, Madrid, 1961.

El caballo desnudo (novela), Planeta, Barcelona, 1970.

Octubre, octubre (novela), Alfaguara, Madrid, 1981.

La sonrisa etrusca (novela), Alfaguara, Madrid, 1985.

La vieja sirena (novela), Destino, Barcelona, 1990.

Mar al fondo (recopilación de relatos breves), Destino, Barcelona, 1992.

Mientras la tierra gira (recopilación de relatos breves), Destino Barcelona, 1993.

Real Sitio (novela), Destino, Barcelona, 1993.

La estatua de Adolfo Espejo (novela, escrita en 1939), Alfaguara, Madrid, 1994.

La sombra de los días (novela, escrita en 1947), Alfaguara, Madrid, 1994.

El amante lesbiano (novela), Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

La senda del drago (novela), Plaza y Janés, Barcelona, 2006.

Cuarteto para un solista (novela, en colaboración con O. Lucas), Plaza y Janés, Barcelona, 2011.

Monte Sinaí (memorias), Debolsillo, Barcelona, 2012. Recogido en Fronteras, op. cit.

Sala de espera, Plaza y Janés, Barcelona, 2014



**Economistas
sin Fronteras**

DOSSIERES EsF

Dossier nº 1: "Nuevos tiempos para la cooperación internacional para el desarrollo", abril 2011.

Dossier nº 2: "¿Cambiar el mundo desde el consumo?", julio 2011.

Dossier nº 3: "Sombras en las microfinanzas", octubre 2011.

Dossier nº 4: "La RSE ante la crisis", enero 2012.

Dossier nº 5: "La cooperación al desarrollo en tiempos de crisis. Nuevos actores, nuevos objetivos", abril 2012.

Dossier nº 6: "Crisis, indignación ciudadana y movimientos sociales", julio 2012.

Dossier nº 7: "¿Otra política económica es posible?", octubre 2012.

Dossier nº 8: "Banca ética ¿es posible?", enero 2013.

Dossier nº 9: "Desigualdad y ruptura de la cohesión social", abril 2013.

Dossier nº 10: "Seguridad alimentaria: Derecho y necesidad", julio 2013.

Dossier nº 11: "La agenda de desarrollo post-2015: ¿Más de lo mismo o el principio de la transición?", octubre 2013.

Dossier nº 12: "Economía en colaboración", enero 2014.

Dossier nº 13: "Otra Economía Está En Marcha", primavera 2014.

Dossier nº 14: "RSC: Para superar la retórica", verano 2014.

Dossier nº 15: "La enseñanza de la economía", otoño 2014.

Dossier nº 16: "El procomún y los bienes comunes", invierno 2015.

Dossier nº 17: "Financiación del desarrollo y Agenda Post-2015", primavera 2015.

Dossier nº 18: "II Jornadas Otra Economía está en marcha", verano 2015.

Dossier nº 19: "Las exclusiones sociales", otoño 2015

Dossier nº 20: "Fiscalidad: eficiencia y equidad", invierno 2015

<http://ecosfron.org/publicaciones/>



**Economistas
sin Fronteras**



**Economistas
sin Fronteras**

**Dossieres EsF
Nº 21, Primavera 2016**



Economistas sin Fronteras

Calle Gaztambide, 50
(entrada por el local de SETEM)
28015. Madrid
Tlf.: 91 549 72 79
ecosfron@ecosfron.org

